

# En ciernes Epistolarias

Revista N.2 - Año I-2011 / Buenos Aires-Argentina / \$20.



# En Ciernes Epistolarias

Revista N° 2 - Año I - 2011  
Buenos Aires - Argentina

## Dirección Editorial

Alejandro Boverio  
Luciano Guiñazú  
Hernán Ronsino  
Sebastián Russo

## Editor Responsable

INPADE / FOCO  
www.foco.org.ar

## Diseño de Tapa

Pocha Silva  
Daniela Zampieri

## Diseño Interior

Luis Rositto

## Corrector

Ricardo Romero

## Contacto

www.enciernesepistolarias.com  
enciernesepistolarias@gmail.com

ISSN 1853-998X

# Índice

## Especial Extranjero

Alejandro Boverio.....	pág. 5
Hernán Ronsino .....	pág. 9
Sebastián Russo.....	pág. 13
Luciano Guiñazú.....	pág. 16

## Carta al padre

Nicolás Lavagnino.....	pág. 21
------------------------	---------

## De viajeros

Miguel Vitagliano.....	pág. 27
Dardo Scavino.....	pág. 30

## Cartas sobre la mesa

Juan José Valle (presentadas y seleccionadas por Luciano Guiñazú).....	pág. 36
---	---------

## Polémica contemporánea

Tomás Abraham.....	pág. 41
Diego Tatián.....	pág. 45

## Misivas clásicas

Carlos Astrada (presentadas y seleccionadas por Guillermo David).....	pág. 50
--	---------

## Encrucijadas

Martín Cristal.....	pág. 61
Carlos Busqued.....	pág. 63
Matías Rodeiro.....	pág. 66

En Ciernes Epistolarias fue premiada en el concurso nacional de  
Nuevas Revistas Culturales "Abelardo Castillo", realizado por la  
Secretaría de Cultura de la Nación, 2010.

Pasado el momento inaugural, ese instante fugaz en el cual las fuerzas convergen y comienzan a moverse, las palabras nos enfrentan y nos preguntan por las continuidades y rupturas. Como una niebla unamúnica que cobra vida y nos termina reclamando por lo dicho y por lo hecho, pero también por lo que vamos a decir y hacer, nuestras propias palabras se nos presentan como aquel extranjero, que en la extrañeza que nos produce, al mismo tiempo nos interroga. No resultara raro, entonces, comprobar que este segundo número pone en el centro de la escena la cuestión del extranjero, pero no sólo en este sentido sino también en aquel otro de mayores dimensiones, el de reconocer un legado y una historia que por muy personal que sea tiene mucho de común. Sin embargo, reconocer una tradición y enfrentar un determinado discurso, oponerse a una situación que se presenta como dada naturalmente, es en definitiva una elección. Una elección peligrosa y que a la vez está en peligro; asediada constantemente por novedosas formas del lenguaje, por consignas tales como el fin de la historia y la disolución del pasado, por imposiciones teóricas que auguran la imposibilidad de toda acción y de todo sujeto colectivo. El nuestro, por lo tanto, no es un diálogo que se piense a sí mismo como por fuera de la historia, justamente porque parte de una decisión y del reconocimiento de un legado. La situación actual de la política, con todo lo que esa palabra abarca en tiempos electorales, es lo que nos moviliza, lo que nos hace mirar al pasado en busca de aquello que no siempre está en los libros pero que sin embargo no puede pensarse sin ellos. En tiempos en donde el avance de la técnica sobre las más diversas e íntimas esferas de la vida amenaza con reducir la política, el lenguaje y la vida misma a meras consignas, la pregunta por nuestros orígenes se presenta además como una necesidad, que es tanto personal como colectiva.

Renunciar por entero a la desenfrenada banalidad de la novedad por la novedad misma. Detenernos, volver sobre nuestros pasos y reconocer esa herencia que no siempre es feliz ni inocente, pero que, en todo caso, es nuestra herencia, es la marca y la carga que decidimos llevar cuando comenzamos este proyecto editorial. En muchas oportunidades esa carga y ese proyecto se nos presentaron como contrapuestos; en el enfrentamiento entre estas dos cuestiones dirimieron sus conflictos biografías personales, egos, prejuicios y otras tantas cosas. Pero siempre hubo algo que primó sobre estas querellas, una decisión sobre aquello que somos y sobre aquellos que forman parte de nuestras vidas, un sentimiento anclado en el pasado pero que no por eso deja de jugar un papel fundamental en el presente. Eso a lo que algunos un tanto melancólicos y otros un tanto desafiantes llaman, como nosotros, amistad, y que definitivamente es aquello sin lo cual *En ciernes* no podría existir.

# Especial Extranjero

Como en el número anterior. Una carta inicia el recorrido. El destinatario responde pero a otro y quien hace el primer envío recibe el último. Un hilo conductor entrelaza las diferentes visiones en un mismo círculo que, sin querer dar respuestas, propone algunas.

Recuerdos, historias y pensamientos que giran en torno a un tema específico. Una herencia del pasado, encarnada en la figura de ese otro que nos interroga sobre nosotros mismos y sobre nuestra propia condición. Una herencia que nos pregunta sobre el extranjero. Una herencia que, en fin, nos pregunta sobre aquello que todos somos un poco.



a- Boverio a Ronsino

Querido Hernán,

Acabo de terminar de leer una novelita que me envió mi amiga Pauline Hachette: *Vincennes*, de un tal Bruno Tessarech. Se acaba de editar en Francia, en una colección llamada *Les affranchis*, en la que se le pide a los autores que escriban "la carta que nunca han escrito". Sugerente, ¿no? El resultado es, por lo menos en lo que respecta a este texto, fabuloso. Una nouvelle que es, al mismo tiempo, una carta. ¿No es notable que unos meses después de que hayamos concebido *En Ciernes* aparezca esta colección en París? Fijate vos, ya que estás allá, si podés traer algún otro libro de la colección, así me ahorro el envío.

Claro que no es casual que me haya enviado esta novelita. El último invierno quedamos en intercambiar libros por correo que, por supuesto, van acompañados por cartas. Este intercambio, como los de *En Ciernes*, que comenzó con una intuición poética, podía parecer en un principio algo artificioso pero, con el devenir de los envíos, se ha vuelto fundamental en todo sentido. Acaso una de las cosas más verdaderas. Los envíos con Pauline se han constituido, desde entonces, en el lugar utópico en donde, aunque suene paradójico, la distancia empieza a desaparecer. El mes pasado le envié *Bajo este sol tremendo* de Busqued y, como un plus, el primer número de *En Ciernes*. Ella sabe de nuestro proyecto de epistolarias desde el comienzo, pero ahora por fin pudo entender de qué se trata. Le ha gustado mucho el primer número. Y es por eso que me envía esta carta-nouvelle de la que te hablo y un libro que compila más de doscientas cartas que Céline intercambió con la gente de la editorial Gallimard (se llama *Lettres à la N.R.F. Choix 1931-1961*). Son violentas, vivas y endiabladas, como todo en Céline, y creo que en algún momento deberíamos pensar en editarlas en español.

Ahora, como te decía, *Vincennes* es una larga carta, dirigida a un *camarade* que no es cualquier camarada. El *camarade* es la universidad en donde Tessarech estudió filosofía en su juventud. Una carta que tiene como destinatario a la Universidad de Vincennes. Escrita desde el presente, desde un actualísimo presente, al pasado de una universidad que, en sentido estricto, ya no existe más. Una carta dirigida a una época en donde todo parecía posible, desde otro tiempo muy distinto en el que la palabra "camarada" resulta extraña.

Y quizás te escribo porque quiero hablarte sobre lo extraño, sobre ciertas formas que



puede asumir lo extraño. Anoche tuve un sueño en el que alguien me repetía, con una voz titubeante, que “Un mal mayor es intentar condenar a muerte a un hombre injustamente”. Me lo repetía a mí, aunque yo no reconocí a ese hombre que parecía hablarme desde otra época. Su rostro estaba atravesado por el tiempo. La frase insistió todo el día como si se tratara de una cuestión urgente, algo por resolver. Cuando caía la tarde, caminando por Callao, tuve una epifanía. Pude ver al hombre (¿al mismo hombre?) repitiendo la frase en una ciudad que no lo escuchaba. Y ahí, en ese mismo momento, apareció todo lo que se había esfumado del sueño cuando desperté a la mañana. Recordé, entonces, la escena que enmarcaba aquella frase que se repetía, ahora, como un grito: “Un mal mayor es intentar condenar a muerte a un hombre injustamente”.

Estábamos en un juicio. Un juicio que se produce, silenciosamente, todos los días. Ese hombre, que era un extraño para la ciudad, estaba siendo condenado a muerte. Aparecieron los acusadores, que eran tres. Nos rodeaba el tribunal: eran cientos. La defensa fue más o menos breve, él podría haber evitado la pena diciendo lo que los demás querían escuchar. No le faltaban armas: era un sabio. Pero prefirió la muerte al destierro. Quería ser fiel a una idea. Sócrates, en efecto, pudo elegir y fue juzgado por eso. Se impregnó en cicuta. ¿Por qué la muerte y no el destierro?

Pensaba en la posibilidad de elegir en una situación que está en los bordes de lo que puede decidirse. Me acordé, justamente, de una carta de Walsh a sus amigos en la que narra la muerte de su hija Vicky. Walsh recuerda las últimas palabras de su hija, desde la terraza, luego de haber sido víctima de una emboscada: “Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir”. Luego de eso se llevó una pistola a la cabeza y se mató. Era una última elección, en los límites de lo que se decide voluntariamente. “Una última victoria sobre la barbarie”, escribe Walsh.

Nos resulta inconcebible que hace poquísimo tiempo (vos acababas de nacer, yo estaba por venir al mundo) miles hayan sido asesinados por el Estado argentino. Algo que no nos entra en la cabeza. Es, justamente, lo más extraño a nosotros mismos. Y, sin embargo, tan cercano... Tenía hasta hace poco una deuda conmigo mismo: leer *La Voluntad* de Caparrós y Anguita. Vale la pena, Hernán, creo que es un trabajo muy valioso. Pero después de terminar el último tomo, tengo mucho más claro que, entre lo que puede ser dicho y lo que podemos saber nosotros de esa época, hay una brecha enorme que no vamos a poder saltar nunca. Una brecha semejante a la que se narra en *Vincennes*, aunque acá esa brecha fue trazada por la sangre.

Miles fueron asesinados desde el Estado hace menos de cuarenta años. Pensaba, a partir de lo que charlábamos la otra vez, que cualquier enunciación reparadora que es proferida desde el mismo aparato estatal (que debe ser celebrada, por supuesto) tiene también límites evidentes. Miles fueron asesinados y miles, a su vez, se vieron obligados a exiliarse. No eran las leyes de la ciudad las que los situaban en esa disyuntiva, como a Sócrates. La lógica operatoria de la dictadura no fue la de la soberanía leviatánica, con el castigo ejemplar en el patíbulo público. Pero tampoco las que enseñan las filosofías de las microfísicas del poder, en donde éste actúa capilarmente, en los más diversos ámbitos, de una manera invisible. Era más bien una lógica intermedia entre aquellas, dado que ejercía una violencia soberana y vertical pero en los modos de la invisibilidad. El efecto no era, entonces, el miedo hobbesiano, sino el terror. Pienso que el miedo tiene un objeto de referencia, mientras que el terror no. Frente al terror somos extranjeros absolutos, incluso de nosotros mismos. El terror no tiene un objeto definido y eso lo vuelve siniestro. Freud pensó en profundidad el concepto de lo siniestro, lo *unheimlich*, que es la negación (*un*) de lo *heimlich*, que en alemán cotidianamente significa la morada, lo íntimo, lo familiar. Lo *unheimlich* sería la negación de lo más propio, es decir, un fuera de casa. Ya te decía yo que quería hablarte de lo extraño. Lo interesante es que hay otra acepción de *heimlich*, una que alude a lo enigmático, a lo clandestino, a lo secreto. De este modo, en este segundo sentido, tal como apunta Freud, se produce un desplazamiento hacia su opuesto, y entonces lo *heimlich* y lo *unheimlich* tienden a coincidir. Lo siniestro es entonces aquello no absolutamente extraño, sino lo extraño en el ámbito de lo más propio, y rompe entonces la barrera que hace posible una separación. El terror opera con esa lógica fantasmal del extrañamiento frente a lo más propio. Es la propia casa devenida extraña.

Pocos me han hablado de sus años en el exilio y respeto profundamente ese silencio. No sé si te conté que una vez conversamos con León Rozitchner (gran lector de Freud, por otra parte) sobre sus años de exilio en Caracas. El exilio, me dijo, es como un tiempo suspendido. Me quedó grabada esa frase. Su madre murió en ese tiempo y él ni siquiera pudo volver para despedirla. Argentina estaba vedada por el terror. El tiempo en el extranjero era un suspenso, pienso, en parte por la incertidumbre del futuro y, en parte, porque no se había elegido estar ahí. Terrible debe haber sido esa decisión para todos los que la tomaron, ya que fue una decisión eminentemente individual, no hubo fuerza política que lo ordenara. Fue un exilio en desorden.

Y el exilio es tan propio de la historia política y literaria argentina: ¿Martín Fierro



no es un desterrado y Sarmiento no escribió el *Facundo* desde el exilio? En el *Facundo*, paradójicamente, se agita una gran esperanza desde ese exilio, leemos allí que los jóvenes que Rosas persiguió y que se han desparramado por América y Europa “traen un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia y datos preciosos que pondrán un día al servicio de la patria, que reúna en su seno esos millares de proscriptos que andan hoy diseminados por el mundo, esperando que suene la hora de la caída del Gobierno absurdo e insostenible que aún no cede al impulso de tantas fuerzas como las que han de traer necesariamente su destrucción”. Me pregunto si Piglia no tendría a mano el *Facundo* cuando escribió que el exilio es una forma de la utopía, la de la nostalgia constante de un futuro. Por otra parte, no es poco repetida esa frase de Maggi a Ossorio, en una carta desde el exilio que dice “A veces (no es joda) pienso que somos la generación del 37, perdidos en la diáspora. ¿Quién de nosotros escribirá el *Facundo*?”. Nadie escribió el *Facundo*.

Irse a vivir al extranjero sin razones de urgencia política, es decir, voluntariamente, no deja de ser una gran decisión. De otra índole, por supuesto. El extranjero, para las conversaciones rápidas, es el exterior. Escuchamos esa palabra entre nuestras tías queridas, esas que viven a algunas cuadras de casa, que se emocionan cuando el nene viaja a Europa. Se hablan entre ellas y no se privan de llamar a sus amigas para contar las buenas nuevas. No importa qué hace el sobrino, puede ser narcotraficante, abogado o escritor, da igual. Para ellas lo importante es que “el nene se va al exterior”. A nuestras tías se lo perdonamos, pero ¿qué hacemos cuando los “intelectuales” piensan igual? Se ha escrito sobre esos viajes sin retorno. Europa era el destino, aunque París el símbolo: Cortázar. Escisión entre cuerpo y espíritu, hubiera dicho el viejo Viñas.

Vos viniste a los veinte desde Chivilcoy, dos horas y media de viaje, pero también en algún sentido el extranjero, ¿no? Nunca te pregunté cómo decidiste venir, gran desafío, aunque siempre estés volviendo. Tampoco hay respuestas claras, pienso, para una pregunta como esa. ¿Y abandonar algún día Buenos Aires? Yo prefiero ser extranjero conmigo mismo, algo inevitable desde que leímos *Genealogía de la moral*: “Cada uno es para sí mismo el más lejano”. Escribo y me río solo. Si me apurás, entre Ulises y Zaratustra, me quedo con Ulises. Dos formas muy disímiles de viajar, amigo. Claro, yo prefiero volver siempre a Buenos Aires.

Lo que no deja de volver, tampoco, es la epifanía de hoy. El hombre del que te hablaba nombró a Sócrates, decía que había que seguir su ejemplo, que no había nada



que perder. Que pueden existir héroes, pero que el día que llegaron a ser gloriosos, ya dejaron de serlo. Que, sin embargo, el pueblo es eterno. Parecía un profeta, pero la gente que estaba alrededor, en la parada de colectivos, hacía caras. Algunos se reían. *La apología de Sócrates* pero también *Así habló Zaratustra*: los extremos se anudan. Una vez alguien escribió que los libros hermosos están escritos en una especie de lengua extranjera. Esa lengua extraña es, pienso, el tiempo suspendido del lenguaje, el resquicio del lenguaje en el que se sitúa la utopía. Es la lengua en la que están escritos los libros eternos que vuelven hasta en los sueños. El sueño, tiempo suspendido por excelencia. Y si vuelven es porque los desafíos que enfrentamos, siempre de modos renovados, nunca pueden ser absolutamente nuevos.

Pensaba: qué difícil ser extranjero en soledad, ¿no? La literatura y el amor, acaso, las formas más elevadas de extranjería. “¿Qué quiere el amor más que no ser de otros!” dice un verso del poema “Siempre extranjeros”, de Pessoa. El amor, creo, es la extraordinaria manera de ser extranjero junto a otro, y ya que siempre es necesario ser extranjero de alguna manera, qué mejor que el amor, si es que uno quiere vivir toda su vida en Buenos Aires.

Un fuerte abrazo,  
Boverio.

b- Ronsino a Russo

22 de marzo 2011.

Russo,

(Mañana. Hotel.)

Recibí una carta de Boverio donde me habla, entre otras cosas, del exilio. El tiempo del exiliado, dice recordando a Rozitchner, es un tiempo suspendido. Y pienso que allí puede estar la clave para entender la diferencia entre el exiliado y el que, finalmente, puede reconstruir su vida en otra tierra. Es decir, el que puede cambiar de piel, terminar con la suspensión temporal. Serán cerca de las ocho de la mañana. Estoy en un hotel en París. No sé hablar francés. Y el inglés lo balbuceo con temor. Lo curioso, Russo, es que, en este viaje, me reconcilé con la lengua italiana. Mi madre es italiana. La familia de mi padre es italiana. El murmullo de esa lengua estridente me despertaba por las mañanas, los domingos; siempre, alguien, un tío italiano que venía de Junín o de La Plata, irrumpía tempranísimo. Y uno, dormido, tenía que ser cordial con esa persona mayor,



gritona, que sólo veíamos dos o tres veces en el año o tal vez en un velorio difuso: porque eso se hacía en principio, repasar los últimos muertos, pasar lista después a los enfermos familiares y, cuando quedaba en claro quién podía llegar a ser el próximo en morir, recién entonces se hablaba de cosas gratas. En París, Russo, me reconcilié con esa lengua gritona porque tuve que apelar a ella para comunicarme, tuve que ponerla en práctica. Estando en París, de pronto, me encontré en esa lengua. La lengua familiar.

El primero fue Pascual Ronsino. Llegó a la Argentina desde Salerno, Italia, a principios del siglo XX. Hay un relato detrás del viaje de Pascual Ronsino. Dicen que viajó -no había ninguna guerra que lo estuviera expulsando- por una mujer. Por amor, se atrevió a cruzar en barco el océano. A dejar, para siempre -como acostumbraban a hacer esos obreros y campesinos que soñaban con edificar una vida nueva y distinta- su lugar natal. Un hombre, entonces, que decide exiliarse por amor. Y llegar a una tierra (suspendida, diría Rozichtner según dice Boverio) y a una lengua desconocida. Sólo tenía encima tres datos ciertos. La última carta de la mujer, en donde le informaba que se iba a la Argentina. Una dirección postal, pero que nunca aclaraba de qué ciudad era. Y la certeza de que él no sabía leer ni escribir. Cuando llega, en 1906 o 1908, no se sabe muy bien, deambula, durante dos o tres días, por Buenos Aires. Busca esa dirección que la mujer le deja anotada en la carta y que un amigo, en un bar de Salerno, le había leído. Es decir, Pascual Ronsino viajó a Buenos Aires en barco persiguiendo a una mujer, confiando en el relato que ese amigo le hizo de la carta. Es decir, el viaje de Pascual está basado en la confianza de una lectura. Me estremece el alma saber que hay momentos tan pequeños y tan grandes a la vez. (Pienso en Gombrowicz, por ejemplo, y su partida de Polonia. Hay una entrevista en donde Gombrowicz cuenta de qué manera casi azarosa pudo subirse a ese barco que lo llevó a Buenos Aires, donde pasará más de veinte años.) Pascual Ronsino, entonces, encuentra la dirección en Flores, la calle es Bacacay (lo curioso es que hay un libro de Gombrowicz que tiene el nombre de la calle de Flores). Pascual decía que nunca se iba a olvidar de esa palabra y se preguntaba cómo era posible que una calle de Buenos Aires se llamara así, es decir, que sonara a berrinche de bebé. Eso le daba gracia. Por eso no pudo olvidarse del nombre. En esa calle y en esa dirección encuentra una casa con habitaciones para inmigrantes. Pascual, contaba, se anima a preguntarle a un hombre que estaba en la puerta, un calabrés, si en esa casa no vivía una mujer que tenía el nombre y las características de esa mujer que le había escrito la carta de despedida. El tipo se queda pensando. Y le dice que espere. Vuelve con un muchacho. Primero quieren saber quién es, a quién busca. Finalmente el muchacho confiesa que hasta hacía una semana había estado en ese lugar una mujer que se


llamaba así, con una prima. Pero se fueron. A Chivilcoy, dice el muchacho. Qué cosas, Russo, habrá pensado Pascual Ronsino cuando oyó esa palabra. Esa misma tarde se toma el tren en la estación Flores. Otra vez inicia un viaje confiando en la palabra, ahora, de un extraño. Por la ventanilla se despliega la inmensa pampa. Pascual Ronsino no había leído el Facundo. Pero seguro habrá pensado en una metáfora semejante: esos campos parecían el reflejo del mar en la tierra.

(Mediodía. Pont Neuf.)

Esta tarde, Russo, voy a viajar a Versalles a recorrer el Palacio y a conocer a la traductora de mi novela, Dominique. Anoche con Oliverio Coelho visitamos una iglesia. Muy cerca del Pompidou. Un amigo de Oliverio, Hugo, artista plástico, nos acompañó. Entramos a la iglesia de Saint Merry que tiene cerca de quinientos años y la campana, según se dice, más antigua de París. Era de noche y cuando entramos se estaba proyectando un video. La nave central de la iglesia estaba a oscuras. Entrar a una iglesia gótica que tiene cerca de quinientos años, a oscuras, sintiendo un sonido raro que resultó ser, cuando por fin nos acomodamos, el vuelo de un búho blanco, me provocó un sentimiento de profundo extrañamiento. Pocas veces sentí -siendo consciente y a la vez disfrutando de esa fuerza innovadora que supone lo extraño- el Embate del tiempo acumulado. Como si fueran olas contra un muelle de seguridades y firmezas que tarde o temprano cederán al empuje incesante del agua. Un búho blanco volaba, proyectado en una tela, en la iglesia Saint Merry de París. No puedo quitarme de la cabeza esa imagen.

(Tarde. Versalles.)

Hace un par de horas tomé un tren en la estación D'Orsay en París. Y viajé hasta Versalles. Un viaje de media hora nada más. Silencioso. Como si anduviéramos en puntas de pie. Pienso que Pascual Ronsino también llegó en tren a un pueblo desconocido. ¿Qué significa la pampa para un campesino italiano? El tren arribó de noche. Imagino ese momento de vacilación: Pascual, solo, en la oscuridad de la pampa. ¿Cómo traza un extranjero los primeros pasos, los primeros movimientos? Esas primeras huellas, además, serán las que definan la trama que irá tejiendo, ahí, en ese lugar inesperado. Constituirán su devenir. Pascual tardó una semana en encontrar a la mujer que se llamaba María Speranza. Se ven, finalmente, en la puerta de la iglesia. Ella no entendía nada. Cuando lo vio, no podía creer que ese hombre hubiera cruzado el océano para encontrarla. Ella trabajaba en una quinta, donde vivía con unos tíos de Italia. Fue por esos tíos que decidió viajar. Entonces ella le consiguió un trabajo a Pascual en un horno de ladrillos. Y así se fue afianzando el vínculo. Por lo pronto, el trabajo y la pieza que empezó a



alquilar le dieron la idea de haber llegado. Se empezaron a ver una vez por semana. Después de seis meses, Pascual le propuso matrimonio. Ella, que se llamaba Speranza, dijo que lo iba a pensar. Tardó una semana en responder. Pero la fiesta, modesta, que se dará en un patio de tierra apisonada será el comienzo de una familia abundante. Tendrán nueve hijos. Y una quinta atrás del monte de Pomaré. Las cosas fueron moderadas. El tiempo sucede anestesiando lo inesperado. Hasta que de pronto lo inesperado emerge: María Speranza y su décimo bebé mueren en el parto. Pascual vivirá, a partir de entonces, en la quinta, atrás del monte de Pomaré, viudo, rodeado por nueve hijos y los nietos de esos nueve hijos que comenzarán a abrigarlo bajo la sombra de los paraísos.

Ahora, Russo, sentado en los jardines de Versalles, vuelvo a leer la carta de Boverio, mientras espero a Dominique, la traductora de mi novela. Boverio me cuenta que tuvo un sueño extraño. Lo perturba ese sueño (¿un sueño con búhos blancos?). Le hace escribir una carta. Tal vez, creo, habitar una realidad que se parezca a la de un sueño extraño sea la mejor forma de sintetizar la vivencia de un extranjero.

Hay una relación silenciosa que se va tejiendo en esta carta que escribo, ¿no te parece?, entre lengua, traducción y maneras de mirar: este lugar, Versalles, por ejemplo, define, hoy, una forma extranjera de mirar el mundo. En este lugar suceden dos episodios centrales para entender la primera parte del siglo XX. Y que tienen a Alemania como protagonista. Después de la sangrienta represión de la Comuna de París, aquí se proclama el Imperio alemán en 1871, es decir, nace el II Reich, ofendiendo así al pueblo francés. Y luego de la Primera Guerra Mundial, en el Salón de los Espejos, se firmará el célebre Tratado de Versalles que, para los alemanes, significará una humillación histórica. El nazismo en sus orígenes apelará a esa humillación para reparar el espíritu alemán. Es decir, este Palacio fue un espacio de lucha y de humillaciones simbólicas. Siempre me interesó el efecto que producen las decisiones del poder. ¿De qué modo impactan, por ejemplo, en las biografías de personas comunes, como Pascual Ronsino? Ahora el sol cae detrás de los bosques en donde Luis XIV salía a cazar; el Palacio, que hoy es una pura maqueta turística, aún es alumbrado por los rayos de sol; escribo esto en español, Russo, sentado en el corazón del viejo imperio francés y sintiendo, como decía alguien, de qué modo los espectros de la historia aprietan sobre la conciencia de los vivos.

Con afecto,  
Ronsino.

c- Russo a Guñazú

Balvanera, Junio del 2011


Querido Lucio

Nuestro amigo Ronsino en su carta me relata un viaje. En realidad varios. Pero principalmente uno -el de Pascual- me interpela. Siento que habla de mí, de mi abuelo (también un italiano que se radica en Chivilcoy), convocándome a reflexionar acerca de nuestras identidades, la mía, la de Ronsino, la nuestra, la argentina, conformadas desde estas experiencias de extranjería. Desde esos viajes asombrosos de tipos que se lanzaban a la incertidumbre de un océano, más inmenso de lo que lo percibimos hoy, mediatizados como estamos por nuevas tecnologías; tipos que dejaban su tierra, su terruño (con lo de arraigue que este término algo cursi -terruño- emana) en búsqueda de quién sabe qué. Nos dicen, "Escapábamos del hambre", pero qué podemos entender nosotros de eso... "Nos escapábamos de la guerra", y tampoco. Aunque claro, tenemos historias de exilios que nos son cercanas: la de los 70, pero también la del 2000 y ese irse a Italia, a España, a "empezar de nuevo". De hecho mi viejo, por esos años, planeando una partida que nunca se concretó, había averiguado si yo podía continuar mi carrera en Barcelona, si me reconocerían materias que ya había cursado. Y me pregunto cómo han influenciado estos viajes de tanos, de gallegos arrojados (porque eran tipos aventurados, no me diga, no puedo imaginarme emprendiendo un viaje así), para que nuestra raigambre identitaria sea tan -digamos- lábil, que a la primera de cambio nos surja un "nos vamos a España".

Como el viejo Ronsino, mi abuelo Francesco, Francisco, el tano, viaja a la Argentina a fines de los 30. Y no tras una mina, como Pascual, sino arrastrado por una decisión familiar: "el hambre los corría". Su padre se había venido antes y mandó a llamar a sus hijos. Así, mi abuelo y sus hermanos (salvo una hermana, la "Tía Carolina", con la que se reencontrará cincuenta años después, habiendo podido viajar durante el menemismo, durante el uno-a-uno, lo que hará que mi abuelo de allí en más defienda al Turco, sumándolo al panteón en el que ya estaban Perón y Evita), los Russo, así, llegan, en los años 30, a la Argentina.

A mi abuelo, hoy, le digo Tano. Pero no siempre fue así. Su extranjería, es ya una marca identitaria naturalizada, no lejana, extraña, sino íntima, familiar. De hecho, todos en Chivilcoy lo conocen como el Tano. Pero de chico era distinto. Temía quedarme a

150



solas con él. No entendía lo que decía y mentía, yo, y afirmaba con la cabeza, pero rápidamente buscaba alguna excusa para irme: me preocupaba -imagino- afirmar algo que quizás hubiera debido negar. Curiosamente, vuelto a Italia, en los 90, su lengua, ya mestiza (aunque acaso ¿no siempre lo fue? ¿Las lenguas no son siempre mestizas?), no pertenecía a su tierra natal: nadie allá lo entendía, le preguntaban incluso a mi abuela, que sólo habla castellano, “¿qué cosa dice Francesco?”.

Me pregunto, Lucio, cómo estas medias-lenguas (la del Tano, la de Pascual -se sorprende Ronsino, se emociona en la confianza que ese tano tenía en la palabra, en algo tan “mínimo” que lo arrojaba a empresas enormes, cruzar océanos, pampas-, pero también la de Gombrowicz, y la de un Camus -inevitable a la hora de pensar la extranjería, a partir de aquella famosa obra donde la arbitrariedad, el absurdo va marcando el rumbo del protagonista... casi como Pascual, que sale a buscar una mina a otro continente, a treinta días de barco de distancia-), me pregunto, decía, cómo estas medias-lenguas nos constituyen, siendo que “la lengua es la patria”, siendo que se habla de “lengua madre” y que el extranjero es, según monsieur Derrida, franco-argelino también él, “el torpe para hablar la lengua”. Identidades, las nuestras, entonces ¿a medio camino? Claro que no. Somos en ese estado de suspensión en el que nuestras múltiples filiaciones nos ubican. ¿Pero acaso existen identidades que no sean constituidas por mezclas? Quizás este explícito estatuto mixturado desde el cual nuestra identidad intenta hacer pie, no nos termine de hundir del todo en los conflictos que el ethos de la pureza genera en otras tierras, ya que somos esas fronteras trasvasadas de lenguas, esas mezclas, pero también estamos constituidos de impulsos, de arrojo. Nunca conocimos la pureza, nunca fue nuestra preocupación capital. Y me hablará de Roca, de Miguel Cané. Sí, ya sé, pero lo nuestro, por donde quiera que mire, por donde quiera que hurgue, es la mezcla. Me dirá incluso de un Sarmiento escribiendo Conflictos y armonías de las razas en América. Fíjese qué título. Y en pleno momento de constitución identitaria -aunque qué momento no fue, no es de construcción de identidad-: primeras oleadas inmigratorias, necesidad de separar, distinguir barbarie de civilización, sí, pero luego, cuando la barbarie queda exterminada (aparentemente, ya que siempre vuelve “bajo otros ropajes”: distinguir las nuevas barbaries, la especialidad de los conservadores de turno), el nuevo afán constó en separar, no mezclar, inmigrante de criollo (una actualización me dirá de aquella diada sarmientina, claro, y que no deja de retornar, sí, trágicamente). El inmigrante traía peste. Traía ideas raras, revolucionarias, que mancharían la fina estirpe criolla. Un maravilloso libro de Jorge Salessi, recuerdo, narra estas cuestiones de mezclas, fluidos, inmigrantes, médicos, maleantes y maricas.

Perdóneme una nueva digresión, pero esto me recuerda algo curioso: estoy yendo a jugar al tenis a una cuadra de la plaza Martín Fierro; allí, en 1919 comienza la Semana Trágica, en los talleres Vasena (de esa familia, cuarenta años después, saldrá Krieger Vasena, ministro de economía de Onganía, qué runfla los Vasena, ¿no?, como la de los Pinedo, ayer con Justo, hoy con Macri), en los que los inmigrantes eran eliminados a mansalva; y con una particular saña contra los judíos. El documental Un pogrom en Buenos Aires da cuenta de este otro invento argentino, ya que éste habría sido el primer pogrom, adelantándose a los del III Reich. La Liga Patriótica, fíjese, muchachos bien argentinos, orgullo nacional.

Pero qué reifica entonces en el término extranjero, qué certezas indiscutibles, no-ideológicas diría ese otro intelectual de tierras movedizas que es Zizek. Tal vez las aún cercanas retóricas de una pureza heredada del mismo Reich que se empezó a erigir en el Versalles espectral que acogió recientemente a Ronsino (ya que por allí anduvo nuestro amigo), que se conjugan en contemporáneas volteretas terminológicas, fundadas bajo los mismos principios de exterminio racial, como multiculturalismo, y demás enunciaciones de un fascismo cool que festeja cínicamente la diferencia y la diversidad, y que acogemos, asimilamos. Gramáticas del lenguaje que esconden -reifican- lo "obvio": que tano (Russo o Ronsino) no es lo mismo que paragua, que bolita, que peruca. Denominaciones que facilitan el disparo, el olvido, la indiferencia. Las muertes en el Indoamericano acosan en nuestras conciencias.

El exilio, Lucio, los exilios, nos constituyen, desarraigados. El exilio nuestro, de otros. Somos particularmente des-arraigados: tenemos pocos familiares enterrados en la tierra en que vivimos, bajo nuestros pies: apenas un par de generaciones. ¿Las raíces poco profundas nos dan acaso mayor movilidad, física -nos vamos a España-, pero acaso también ético-moral -nos habilitan más fácilmente el disparo-? No, no creo. Pero qué particular relación con la muerte, con los muertos nos generan. ¿Y con la memoria, con el olvido? Aquellos muertos que espectralmente torturan las cabezas de nosotros, los vivos, puede que para lo des-terrados que somos, no sean más que voces entre otras, superpuestas con otras, todas casi en superficie, indistinguibles de otras, tintineantes. ¿Es esto así? Creo que no. Pero no dejan de generarme cierto escalofrío estas preguntas que me hago, y que la carta de Ronsino me motivó. Aspiro a que estas palabras, escritas, compartidas, sean parte de ese arrojito identitario -como el de nuestros abuelos- que no podemos dejar de poseer.

El Tano está viejo, no deja de relatar sus historias de inmigrante que la yugó, que la



sufrió. Sus nietos escuchamos. Su herencia está en esas palabras, en ese relato, en esa media-lengua. Nuestra historia, la pasada, la por-venir, no puede menos que sentirse acosada por estas espectralidades. Aspiro entonces a mantenerlas vivas. Para ello, también, escribo.

Un fuerte abrazo,  
Russo

d- Guiñazú a Boverio

Almagro, julio de 2011.

Boverio, amigo.

Hace dos meses que estoy encerrado en mi casa, prácticamente no salgo más que para ir a laburar y para comprar puchos, comida y vino. Y como esto último lo hago todo en el mismo supermercado chino que queda a una cuadra de mi casa, entonces, no bajo más que unos minutos al día. Ir a Chivilcoy y a Chacabuco a principio de mes fue como un quiebre, una ruptura de la rutina, pero finalmente no significó ningún tipo de cambio. Una vez que estuve en casa, volví a la desidia. Durante este tiempo leí muy poco y escribí menos y esto te lo digo por decir, porque en realidad, en estos días no leí ni escribí nada. Recién ahora me pongo a escribir y no sabría decirte muy bien por qué, pero si me apurás y me pedís que arriesgue una respuesta, diría que entre ayer y hoy, además de notar lo extremadamente dura y molesta que puede ser mi barba, además de notar cuánto me asquea fumar en ayunas, además de hacer esto, me puse a leer una carta que mandó Russo la semana pasada. Como la carta habla sobre el extranjero y, entre otros, cita a Camus, me puse a pensar en mi situación. Yo podría ser Meursault. Alguien completamente indiferente a todo lo que lo rodea, alguien con la voluntad quebrada, como dice Sole. Alguien, en fin, que lleva la extranjería como una carga heredada.

Como sea, leer la carta me sacó del letargo, me movilizó; o me movilicé, salí del letargo y por eso pude leer la carta. Eso no es importante porque en verdad, siempre desconfié de los pensamientos que se mueven entre una causa y un efecto, en todo caso podría decirse que hay algún tipo de relación efectiva entre la lectura de la carta y la movilización, una afinidad electiva para decirlo goetheana o weberianamente. Pero volviendo a la carta, recuerdo que inmediatamente después de leerla me vino a la mente una anécdota que hace



unos meses le escuché decir a Esteban V. Resulta que a horas de declararse la Primera Guerra Mundial, G. Lukacs, S. George, F. Gundolf y algunos otros, enterados de la inminente declaración, deciden iniciar una campaña de oposición a lo que ellos consideran una actitud y una política contraria a sus principios. Lo primero que se les ocurrió fue sumar figuras a su causa y con ese afán fueron en busca de su maestro, quien era muy conocido por cierto. Al llegar a la casa del Maestro, hablo de Max Weber, los recibe Marianne, la esposa. Ésta, un tanto inquieta, les pregunta “¿Qué hacen? ¿A qué vienen? ¿Por qué no vuelven más tarde que Max está muy perturbado por lo que está sucediendo?”. “Nosotros también”, le dice Lukacs; “esto no puede ser, es inconcebible, hay que hacer algo, etc. etc. etc...” Entonces aparece Weber, recién afeitado, con el pelo bien corto y recién lavado, vistiendo un rugoso y bien verde uniforme de campaña. El silencio inunda la sala, Weber se sacude la camisa verde, alza la cabeza, mira a sus discípulos y les dice: “¿Qué hacen así vestidos? ¿No saben que estamos a punto de entrar en guerra?”.

Cuando escuché esta anécdota, mi primera reacción fue pensar que Weber se había vuelto loco, sin embargo, luego de meditarlo bien, más locos estaban Lukacs y sus compañeros y no por oponerse a la guerra sino por pensar que Weber los apoyaría. Porque si no me equivoqué, fue Weber el que dijo que la Nación es un concepto indefinible, estimativo, y que quienes lo utilizan se remiten por lo general a un sentimiento de solidaridad grupal frente a otro. Y ya sabemos cómo en tiempos de guerra se refuerzan estos grupos de pertenencia y estas definiciones. Schmitt fue quien nos recordó esto, cuando hizo de la distinción entre amigo-enemigo el fundamento de lo político.

Me pregunto por qué me vino a la cabeza esta anécdota y por qué la recuerdo así. ¿Por qué estos nombres? ¿Por qué esta secuencia? ¿Por qué todo un conjunto de ideas y actitudes encerradas en una narración en torno a la Nación, cuando el tema de la carta es el extranjero? Creo que es porque la cuestión nacional siempre irrumpe como contrapartida del extranjero. Y porque al acordarme de Weber también me acordaba de Simmel y de aquello que decía, que el extranjero no es aquel que está afuera, ni aquel que viene de paso, sino aquel que viene y se queda, aquel con el que se establece una relación de proximidad. Quiero decir, que para Simmel lo extranjero tenía un significado especial. Él definía al extranjero como lo hacía porque hablaba desde el lugar del judío asimilado, instalado, no sin dificultades, en los círculos más altos de la intelectualidad alemana de fines del siglo XIX. Él formaba parte de un pueblo perseguido y no se sentía parte de ese cuerpo que constituía la nación alemana, porque se percibía a sí mismo como un apátrida asimilado.

Entonces, Weber encarnando lo nacional y Simmel encarnando lo extranjero. Pensamientos y biografías que se mezclan, que se unen y definen todo un conjunto de relaciones entre lo nacional y lo extranjero. Cuestiones todas, que también están presentes en la carta de Russo aunque penetradas por una reflexión en torno del pensamiento nacional. Por eso me habla de Sarmiento, de la civilización y la barbarie y de cómo a partir de esa dicotomía se construye una particular forma de ver a la Nación y al Extranjero, una forma que no es positiva ni fija, sino negativa y móvil. Y por eso también me habla de su abuelo Francesco. Con todo, no puedo dejar de pensar que el extranjero en el que piensa nuestro amigo, se debate más entre Tardewski y Tony Durán de Piglia, y hasta en el propio Gombrowitz, que en Camus. En Tardewski se percibe mucho de aquello a lo que hace referencia en su carta, la pérdida de la lengua como pérdida de la patria, la soledad y el exilio, la carencia completa de propiedad; y en Tony Durán se expresa su contrapartida, es el que conserva su lengua y sus costumbres pero pierde la vida. Entre estos dos personajes, entonces, se despliega todo un abanico de lo posible y lo definible en torno al extranjero, lo extranjero y la extranjería en general, que encierra a Gombrowitz y también al extranjero de Russo y que a mí me surgió pensar al partir de Weber y Simmel.

Pero qué pasa cuando en la biografía no aparece la aventura, el exilio o el martirio que caracterizan a este extranjero, qué pasa cuando no hay nada de eso en tu propia historia; y me pregunto todavía, qué pasa cuando uno desconoce su propia historia.

Ahora que lo pienso, no sé mucho de mis abuelos. Te podría resumir todo en unos cuantos renglones.

Rodolfo Natoli nace en Mercedes, Provincia de Buenos Aires. A los 20 años conoce a Esther Casella, su futura mujer. Rodolfo trabaja en la herrería de su padre y cuando éste muere, se hace cargo del negocio. Rodolfo y Esther tienen una hija a la que llaman Miryan y le dicen Chichí. Años de prosperidad anteceden al incendio de la herrería. Rodolfo pierde todo con el fuego y se va a vivir con Ricardo y Miryan, que hace unos años se casaron y se fueron a vivir a Tigre. A los pocos meses, en el 69, Rodolfo muere sin conocer a sus últimos tres nietos, Pablo, Matías y Luciano. Algunos años después Esther conoce a Víctor, se casa y se va a vivir con su segundo marido a Salliqueló. Esther vuelve a vivir con Miryan y Ricardo después de enterrar a su segundo marido y muere años más tarde.

Manuel Guiñazú nace en Mendoza, pertenece a la parte pobre de una familia asentada en ciudad desde su fundación. Manuel ingresa en la escuela de suboficiales del ejército. Manuel viaja de ciudad en ciudad por su profesión. De vuelta a Mendoza, en un viaje corto, conoce a Victorina Erasso, con quien se casa a los pocos meses. En el 49 Manuel se retira del ejército y comienza a trabajar para la fundación Evita. Manuel y Victorina viajan mucho por la profesión de Manuel. Tienen tres hijos que llevan a todos lados, Ricardo, Marta y Carlos. Manuel, Victorina y los hijos llegan a Mercedes en un viaje que hacen por la profesión de Manuel. Ricardo, el más grande de los hijos, conoce a Miryan Natoli, a la que le dicen Chichí. Manuel, Victorina y los hijos se van de Mercedes por la profesión de Manuel. Años más tarde Ricardo vuelve a Mercedes y se casa con Miryan Natoli, a la que le dicen Chichí. Manuel, Victorina y los otros dos hijos se van a vivir a Haedo. Manuel vive en Haedo hasta que muere, tres años después de ver nacer a su último nieto, Luciano. Victorina se va a vivir con Ricardo, Chichí y Esther hasta que muere años más tarde.

No podría decirte mucho más sobre mis abuelos. Y me pregunto si se puede ser tan ignorante, si se puede hablar sobre el problema de la Nación y el extranjero conociendo tan poco la propia historia familiar. ¿A dónde nos conduciría eso? quizás a un juicio y una condena prematura. Es decir, Russo pudo invocar una variante de ese extranjero del que habla Simmel, el exiliado, porque eso constituye parte de su propia vida y de la nuestra en general. Por eso puede hablar como habla sobre el Extranjero y la Nación. En este sentido está muy bien que lo haga, más aún, es necesario y hasta indispensable que lo haga, porque la gran epopeya nacional debe incluir también ese relato. Pero yo que no conozco mi historia, yo que me acomodé en mi ignorancia citando a Weber y a Simmel. ¿No estaré cometiendo un error? ¿No estaré suponiendo demasiado? ¿No será una comodidad pensarse a partir de Camus?

Estas no son preguntas sin respuesta ni mera retórica. Lo que quiero decir, Boverio, es que en este caso, como en muchos otros, la ignorancia es una injusticia. Una irresponsabilidad. Y pienso que quizás también lo sea seguir escribiendo.

Te dejo entonces, es que tengo que ir a ver a mi viejo, tengo mucho que preguntarle, sólo espero que esté dispuesto a contestarme.

Te mando un abrazo.  
Guiñazú.

# Carta al Padre

Desafío enorme el de enfrentarnos con nosotros mismos, esto es, con nuestros padres. Escribirles es también un regreso hacia lo que se supone que fuimos y un envío hacia aquello que seremos. En todo caso, algo que nos constituye: frente a ellos estamos aun cuando no queremos. Sabemos que una conjura absoluta es imposible. Deseamos escribirle al padre. En esta oportunidad, Nicolás Lavagnino, filósofo siempre interesado en aquello que funda la historia, habla con el suyo. Y, en su habla, la historia murmura.

no por justicia, y consiguen la libertad de sus subordinados y allegados mediante respaldos, incluso, la permisión de los socios Turcos y proyectos de abyección a costa de las Instituciones del Estado... porque su fin último es seguir igual - si val tiene fe en la doctrina cristiana del libre desarrollo de la personalidad individual y que dicho principio confiere a hombres mujeres, por igual, unos derechos naturales, entonces acepta que la liberación forma parte de esa libertad y dignidad intrínseca del ser humano y acepta la existencia pasiva y la rebelión como medios legítimos para intentar abolir una situación y profundarla en el tiempo.

Si sus valores son los míos entenderá que me gustaría tener tras una muerte en la que no he participado pero deber como ciudadano occidental, libre, me obliga a plantear la maldad, con coraje, con valentía ética - A los teniendo poder tratan mal a los que no de la dignidad humana y simple causa

Querido viejo. Sabrás entender por qué empiezo esta carta así.

Hay un mundo imaginario en el cual los hijos son considerados meros efectos de estados causales que les anteceden. Todo cuanto les ocurre parece ser el resultado de concatenaciones de series convergentes. Lo anómalo es el comportamiento filial que no se ajusta a ese régimen de efectuaciones, la desviación material y simbólica que exige una detección de causas adicionales, si es que hemos de entender los efectos.

Hay otro mundo en el que el lazo no es causal sino tipológico, signado por consideraciones y realineamientos retrospectivos, en el cual son los hijos los que configuran a los padres, y las figuraciones en el presente delimitan el espectro de sombras que creemos heredar. El pasado en esta otra perspectiva está repleto de anticipaciones, de horizontes, de promesas que les cabe a las enramadas y prosecuciones filiales realizar en la forma de un cumplimiento, una consumación. Pero la anticipación no determina la realización sino que es ésta la que vuelve posible una retrospección que encuentra y postula en el pasado un anticipo plausible de la misma. En el vínculo causal (flecha del tiempo adelante) es posible la figura del reproche ante una concatenación frustrada, una serie rota por efecto de la acción de un encadenamiento de otra índole que violenta una secuencia dada. En el vínculo tipológico (flecha del tiempo atrás) esa figura es imposible. En todo caso, rastreamos en el pasado las oportunidades, los horizontes que anticiparon los estados de cosas que nosotros enfrentamos como agentes en pos de reconfigurar nuestra realidad.

Te reconozco esto: flecha del tiempo atrás yo te construyo como una imagen, en parte figuración mía, en parte figuración ajena, supongo que mayormente de mamá, en la que anticipo rasgos del mundo que habito. Pero no te configuro a *piacere*. Convergen series discontinuas de pensamientos, incluso expresados en el vocabulario de la determinación causal, que se avienen a formar una constelación de pulsiones y valencias que es la que me hace bascular permanentemente en torno a dos tipos distintos de imágenes arquetípicas. La que me dice, en una suerte de agenciamiento emancipador, que estoy libre de tu sombra, de tu pasado continuo en el presente, y la que muestra los rezagos voluntarios e involuntarios de un macizo de ausencias que se cuele en el aparente islote temporal que habito.

Entre esos polos derivo cada vez que el dolor me impulsa a configurar una imagen estable de mi propio pasado, a partir de las cosas que sé de vos.

Cosas que sé: eras astrónomo, ejercías en el observatorio de La Plata hasta que te

cesantearon, Triple A mediante. Eras mucho mayor que mamá. Eras una especie de autoridad para tu entorno, que expresaba de manera indubitable sus opiniones y saberes en torno a un vasto rango de temas, el cual incluía no sólo la astronomía sino también -y se supone que sobre todo- la epistemología de la ciencia, la política, el arte y, tema de temas, el marxismo. Comunista hasta la médula, fui informado desde temprano que la invasión del 56 a Hungría y la del 68 que terminó con la Primavera de Praga habían estado bien, que Dubcek era un oportunista y Trotsky un traidor, que el futuro estaba en los Urales y que el peronismo era un tremendo problema para todos nosotros, gente de izquierda en esta región del planeta, porque multiplicaba los problemas relativos a la falsa conciencia de clase. Pensabas que el ruso era el idioma del futuro, y te dedicabas a estudiarlo con un ahínco que es el único que puede explicar las toneladas de libros con caracteres cirílicos que había en casa.

Otras cosas que sé me llegaron de manera indirecta, no como enseñanzas dirigidas a mí, sino al género humano, en rabiosas notas al margen escritas con fuerza en libros amontonados que comencé a hojear años después, mientras ordenaba bibliotecas polvorientas. Al parecer, Kuhn, Feyerabend y todos esos no eran de fiar. Las implicancias filosóficas de la cosmonáutica, decías, nos llevan a releer a Kant desde Gagarin. El modo de producción capitalista se encamina a un cataclismo inherente a su propia lógica de acumulación. En el año 2000 habrá colonias en la Luna y vuelos tripulados a Marte. Para el 2050 la colectivización de la agricultura y el triunfo del socialismo eliminarán las hambrunas y las trampas maltusianas. El futuro es una planicie abierta repleta de interpretaciones cerradas de lo que dijo Marx hace 150 años.

De la Triple A a las predicciones fallidas, del compromiso con un pasado en la forma de una gran tragedia romántica a la ironía respecto de un régimen discursivo, tal es mi tránsito permanente. Y en ese tránsito entonces me pregunto para qué necesito narrarte, configurarte, hablarte siquiera en la forma figurada de una carta, si el primer acto de enunciación que me sale es el del distanciamiento, el ironizar acerca de un pasado propio vuelto ajeno. Pero resulta entonces que las vidas, estas vidas, se parecen sospechosamente a cualesquiera otras vidas, y los tiempos se desgranán de otros tiempos. El pasado en el que estás, en el que te quedaste, deja de ser tan absurdo en sus determinaciones, deja de ser pasible de ser analizado en el rango de la fabulación satírica y comienza a parecerse ominosamente a las pequeñas tragedias y comedias en las que uno naufraga cotidianamente. Comedia, tragedia, tramados menores si se quiere, pero que apuntan a responder, a su manera, repleta de astucias, tráficos y validaciones tramposas, una de las pocas preguntas que, creo, vale la pena formular: ¿cómo es que producimos y reproducimos esta vida en sociedad?

Una forma sintética de dar un vistazo a la idea o prefiguración de lo social puesta en acto es observar cómo se muere la gente. Supongo que morirte de cáncer en el 76 no estuvo tan mal después de todo. En aquel entonces había muertes peores, que quizás te hubieran estado destinadas, si hemos de creerle a la voz modulada que llamaba cada tanto a casa y nos advertía al respecto. Te moriste con tu régimen de creencias intacto, lo cual es mucho mejor que morirte en el 93, como mamá, después de la Perestroika, la caída del muro y en pleno auge noventista del fin de la historia y la muerte de las ideologías.

Entre el 76 y el 93 hubo una vida para mí en la que fuiste una materialidad omnipresente, un conjunto de significados entrevistados de tanto suponer lo que hubieras dicho, un magnetismo implacable que cada tanto nos conducía al altar laico que te habíamos consagrado en el placard, estante superior, arriba a la izquierda. Allí estabas, cremado en una cajita de madera, coronada con una placa ovalada en símil plata que consignaba tu nombre. Allá por noviembre de cada año te poníamos unas flores que debían durar hasta el siguiente noviembre, y luego te dejábamos en paz, rodeado de otras urnas, con otras cenizas y placas, en la más terrenal y hogareña de las oscuridades.

Cuando era chico fantaseaba con revivirte, imaginando que tu caja de cenizas era como un gigantesco Lego para armar, un compendio de piezas que, progreso inexorable de la ciencia mediante, podría articular para posteriormente revertir en su estado mineral. Con el tiempo pude darme cuenta de lo imposible que resultaba tal reversión, en lo relativo a los detritos materiales, pero yo inhalaba a diario una exigencia referente a otras reversiones, otras cenizas. Con el tiempo pude darme cuenta de que me asustabas y me resultabas proximalmente extraño, porque el espacio simbólico que habitabas llegaba hasta mí en la forma de un racimo de certidumbres que no podían ser más, ni existencial ni doctrinariamente. No viviste lo suficiente como para ver el momento en que Plutón dejó de ser un planeta, la Unión Soviética un país, el marxismo un proyecto político y los Urales el futuro de un mundo que hablaba en ruso y escribía en cirílico.

No es que yo no hubiera querido aquellas certidumbres. Anhelaba heredarlas. Pero se trataba de un don imposible, un incierto compendio de certezas a destiempo.

No sé cómo pero en algún momento, después de que se murieron vos y mamá, llegué a la conclusión de que estaba rodeado de cenizas, una permanente llovizna de estados minerales que se petrificaban alrededor mío como una versión posible de mundos inverosímiles. Me parecía entonces que habitaba una geografía repleta de altares

laicos montados en penumbras voluntarias. Me parecía entonces que debía alejarme de todo eso, y respirar un poco.

La ironía es un estado de negación, un distanciamiento necesario ante un campo semántico acribillado y arrebatado de significaciones atadas a sí mismas. La ironía es un reproche. La reconstrucción a pulso de las pequeñas comedias y tragedias de la vida ordinaria es, por el contrario, la hazaña improbable del que dejó de reprochar y entiende que sólo es posible heredar un horizonte cuando hay pies cansados dispuestos a caminar.

Y entonces ya no importa tanto liberarse de la determinación, bascular en pos de un agenciamiento emancipador que obre como signo de un tiempo totalmente discontinuo. La ironía es un saludable protocolo si uno está enfermo de idealización romántica, apesadado de continuidad. Pero se trata ahora de otro padecimiento. Entiendo que mis obrares verbales y materiales podrán lidiar con vos y con las densidades temporales en las que estoy enredado tan solo en la medida en que tenga el valor de reconocer que puedo obrar porque otros lo han hecho precedentemente, y que esa precedencia es la condición de inteligibilidad de mi propio actuar, el trasfondo contra el cual puedo apreciar el gramaje de mi propia intervención. Ni esencialmente continuo ni esencialmente discontinuo; un obrar establece con otros conexiones tipológicas, además de las causales, y la plenitud de las mismas sólo puede apreciarse tramando y re-tramando permanentemente los rasgos salientes de la realidad que ambos habitan.

Puedo entender entonces que tu época dolorosa me está gritando permanentemente desde el fondo de algún lugar, estragando en la mente como un diapasón de miserias, pero al lado de esa nota continua surgen otras voces, otros ruidos que otra gente provoca en el discurrir inevitable de otros haceres, y con el tiempo no es que tu nota deja de sonar, sino que sencillamente se vuelve inteligible, se integra y se resignifica en otro contexto sonoro.

Ir más allá del imaginario de la determinación causal y de la ironía exige un tipo de consideración conjunta, un asir fraterno que ninguna configuración causal podrá ofrecer jamás. Para eso está la tipología, la ilación narrativa que conforma un modo de inteligibilidad que se propone específicamente para darnos una idea de la realidad que necesitamos configurar para constituirnos como agentes en la interacción con otros. Se propone para hacernos ver a la realidad como una realidad entre otras, como un resultado de una abierta compulsión, una disputa salvaje en la que las imaginaciones de los modos



de darse la interacción social se han enfrentado unas a otras, en la forma de un sacarse los ojos y destriparse recíproca y asimétricamente.

Tipológicamente siempre estamos atentos a las promesas y los horizontes aún incumplidos en un pasado que se abre en el presente como oportunidad para actuar. Me gustaría sentir, viejo, que todo lo que puedo hacer en este momento es romper la cosmovisión causal que pretende encadenarme a vos como un consecuente resultado de un antecedente prefijado, para situarme y situarnos juntos en el lugar de un mero horizonte de posibilidad, un territorio en barbecho en el cual aniden los detritos que el futuro volverá prefiguraciones de mundos venideros.

En ese sentido, no espero que quienes vienen después de nosotros hagan una cosa distinta de la que yo hice con vos una calurosa tarde de diciembre, en el 2007. Había que entregar la casa. Buscamos un lugar en el jardín, cavamos cuanto pudimos y luego arrojamos todos los altares laicos, las hojas secas de noviembre, las cenizas para armar, en un hoyo que se llenó de pasado. Y ahí lo dejamos. Para que otros, en los mismos lugares, pero en otros mundos, hagan lo que puedan con tanto detrito.

Esta carta hostil, concedo, no es más que un recordatorio de los límites irónicos que alcanza el imaginario causal. Ya habrá tiempo, en un cosmos más tipológico, para reconstruir el lado luminoso de un indagador de oscuridades, mentar las pequeñas hazañas de un mundo extraviado cuyo pasado está escrito en cirílico, y que ahora no sabemos cómo interpretar.

Pero hasta entonces te dejo por un rato de siempre, recordándote en la forma en que te avisté por última vez, como un retazo mineral en el fondo de un hoyo a medio llenar, una tarde de calor, poco antes de entregar las llaves. Poco antes de ir a tomar un helado con tu nieto. Poco antes de contarle que Plutón ya no es un planeta. Y poco antes de decirle que en el fondo cósmico se arremolina una constelación de estrellas estalladas, en un universo violento y a la espera que acumula en el tiempo incertidumbres para armar.

Nicolás

# de Viajeros

Alguien dice que el escritor es el doble del viajero. El escritor como aquel que escribe lo que ha vivido. Lo registra. Lo modela en palabras. Y esa escritura, así, irrumpe como una isla que sintetiza la aventura. La figura de la isla es central en las cartas que se envían Miguel Vitagliano y Dardo Scavino. En este caso la isla Martín García constituida como el ojo de aguja por donde se va enhebrando una serie de tramas nacionales. La figura de la isla fundando el viaje. Y a la vez como punto de llegada. La isla como utopía que condensa la experiencia.



a- Miguel Vitagliano a Dardo Scavino

En viaje a la Isla Martín García, 11 de mayo de 2011.

Querido Dardo:

Todavía ni siquiera llegué a Tigre para tomar la lancha, pero voy en camino a Martín García. Hace veinte años que no visito la isla. Imagino que estará distinta. En realidad, sé que voy a verla muy distinta y que, sin embargo, la isla seguirá igual. En esas 170 hectáreas parecen cifrarse algunas fantasías y fantasmas argentinos: Sarmiento y su capital para los Estados Unidos de América del Sur, la victoria del Almirante Brown ante los europeos, los desesperados paseos de Rubén Darío, la cárcel donde los presos picaron los adoquines para las modernas calles de Buenos Aires, el lugar de detención para la tripulación del *Graf Spee*, la cárcel de Yrigoyen, Perón y Frondizi, la isla donde todos los habitantes son presidiarios pero nadie sabe con exactitud quiénes pertenecen a la parte que queda afuera del todo, y hasta los pan dulces que Menem iba a comprar especialmente como contaban sus amigos periodistas en radio y televisión.

Reconforta estar en movimiento hacia la isla Martín García; es decir, me reconforta no haber llegado. Siempre me atrajeron las vísperas, el día previo a la fecha decisiva, el borde de lo que todavía no es y aun así contiene la potencia de lo que deseamos que sea. Si las utopías son cartas que buscan sus destinatarios, este borde anterior quizá sea el sobre en el que ellas viajan. No hay cartas sin sobres ni utopías sin islas. Bien lo tuvo en cuenta Sarmiento al tramar su Argirópolis: inventó un futuro imposible para escribir una posible guerra victoriosa. Por eso le envió a Urquiza un cajón de ejemplares del libro, convencido de que el entrerriano iba a interpretar el sueño de su política, ese Ejército Grande en el que Sarmiento sería el boletínero con imprenta portátil y uniforme europeo. No sé si te acordás, Dardo, pero la primera vez que visité la isla fue impulsado por tu entusiasmo. Quizás no te lo dije en aquel momento. Estabas escribiendo *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*, esa efervescente interpretación de la política nacional en tonos de Virilio y Deleuze. Reconocías dos maneras pragmáticas de concebir la guerra. En una primaba el uso proyectivo de los instrumentos y las armas como medios de una acción, en la otra se trataba de un uso introyectivo en tanto instrumentos y armas se confundían con los cuerpos delineando nuevas máquinas: desde el caballero y su armadura hasta el soldado y su tanque, pasando desde luego por el gaucho y su caballo. La forma privilegiada por Sarmiento no podía sino afianzarse en el uso introyectivo, su fervor por el progreso tecnológico científico implicaba el

reconocimiento de que allí mismo se gestaba algo diferente. Lo nuevo no podía sino inventar lo nuevo: el observatorio astronómico (como el de Córdoba, que él mismo fundaría después) no sólo propiciaba una nueva técnica para indagar el cielo, la técnica misma abría por delante otro cielo; de igual modo que los primeros signos de la civilización contenían en sí mismos el porvenir (las vías en medio de la pampa engendraban, por ejemplo, las ciudades futuras). Velocidad y disciplina en la distribución de los signos, como proponías en tu lectura. De camino hacia lo que Sarmiento pensó como Argirópolis y sigue siendo hoy la isla Martín García, no dejó de pensar en esa forma de la guerra. ¿No podríamos reconocer ese uso introyectivo en todos y cada uno de sus textos? En *Recuerdos de provincia* llega a decir que al aprender latín se vio dotado de “una máquina sencilla de aprender idiomas”, un saber convertido en máquina portátil (como la del boletín) que le permite conocer e incorporar mundos-saberes que, a su vez, serán máquinas dadoras de otras posibilidades.

Todo en Sarmiento empieza en una máquina y termina en otra. De un lado está esa primera “máquina sencilla”, construida de hombre, papel y tinta; del otro lado está la máquina compleja, construida de hombres y civilización. Y en el medio de ambas, la guerra. Batallas para una conquista que tienen al papel como fin y principio. Porque la guerra en Sarmiento se escribe en papeles y alcanza su punto decisivo en otros papeles, en la estrategia de pactos y tratados que sobrevendrán tras las armas de fuego. El futuro de una nación se vislumbra el día en que se escribe ese futuro. Todo en Sarmiento es guerra, o mejor dicho la guerra es pedagogía disciplinaria (decías: mientras “la violencia amenaza y mutila los cuerpos, la disciplina será la fuerza que busque combinar o componer los cuerpos de manera que aumente su poder de obrar”), y la política es pedagogía.

¿Y qué lugar ocupa el acto de escribir? No me refiero a lo escrito, ni al hecho de haber escrito, sino al acto de escribir. Presumo que es una instancia intempestiva, el signo que parece no acomodarse ni al tiempo justo ni al lugar preciso, como cuando se dice de alguien que es desubicado o inoportuno. Escribir es salirse de lugar sin haber ingresado en otro. Quizá se me impone esa idea porque aún sigo en camino hacia la estación fluvial de Tigre. Es más, todavía no he salido de mi casa y, sin embargo, ya estoy yendo hacia Martín García. Acaso ese acto de escribir sea lo que más me atrae cuando leo a Sarmiento. Dicen que no volvió a hablar de Argirópolis. Nunca, sin embargo, dejó de pensar en islas, de escribir como si expandiera archipiélagos. Una escritura en estado de aceleración. Sin tiempo para las correcciones. Lo escrito mordía al instante el polvo del pasado. Robinson Crusoe está muy presente en sus textos. Pero yo

ya no diría que a la manera de un modelo, era una máquina compleja introyectada en Sarmiento: la fragua de otras posibles por venir. De viaje a Europa conoce la isla de Robinson y escribe su nombre en una piedra. Después comprará una casa en Tigre, en el Delta, y hasta intenta tejer el mimbre. Pero Sarmiento no es Robinson, quiere aprender todas las lenguas con su máquina sencilla mientras que el otro se resiste a salir de la suya.

Los presos en Martín García pasaban buena parte del día picando piedras. Cuenta la leyenda que no hacían otra cosa en la isla a principios del XX. Cuando no estaban en la cantera contemplaban libremente la orilla, inventando horizontes con la mirada. No hacía falta que alguien los vigilara porque ningún hombre era capaz de lanzarse a esas aguas y sobrevivir. Los guardias notaron una mañana que faltaba uno, pensaron que se había demorado en otra parte de la isla. A los pocos días comenzaron a preocuparse. Eran cuatro los ausentes. Nadie podía ser tan ingenuo para creer que se podía cruzar a nado el Canal del Infierno, así que los guardias se mantuvieron alertas hasta resolver el enigma. Descubrieron que los hombres escapaban sujetándose de la cola de una yegua que cruzaba las aguas barrosas. Esperaban las noches cerradas para aferrarse al rumbo fijado por Duquesa. Dicen que la yegua entraba y salía a diario de la isla porque en la costa uruguaya tenía un potrillo. Los hombres en tanto hombres no eran capaces de atravesar el Canal del Infierno, necesitaban ser parte de la yegua para lograrlo, volverse animales para afirmarse hombres. A Duquesa la esperaba su cría en la otra orilla, a ellos los esperaban las aguas que contenían todas las posibilidades del futuro. Debían dejarse llevar por Duquesa, entregarse al arrebató del deseo en lugar de pretender domarlo. Otros habían domado a Duquesa, otros aspiraban a ser sus domadores, no ellos que se refugiaban en la estela del instinto del animal. Ellos nacían otros en el momento en que se lanzaban al agua, esa era la verdadera orilla que importaba, la que quizá sólo podían nombrar con el nombre de otra, la de la otra orilla que no pertenecía exactamente al otro lado.

En la leyenda se habla de Duquesa y su potrillo, nada se dice de la suerte posterior de los hombres. Por supuesto que no tendría por qué hacerlo, se trataba de la regla impuesta por ese relato. Pero prefiero leer el espacio del relato y no su regla: lo que la leyenda destaca es que los hombres nacen hombres libres en el momento en que se arrojan al agua, ni antes ni después. Me demoro en mi casa buscando *Saer y los nombres*; quiero encontrar un párrafo que marqué en el libro y se me escapa. Me topo con otros, me detengo en otros, sin hallar esa distinción precisa que hacías de la palabra poética. Seguramente voy a encontrar el párrafo cuando ya haya enviado la carta; estoy seguro.

Decías que la palabra hacía aparecer lo que hasta ese momento permanecía oculto, en lo indiscernible. ¿Era así, Dardo? Todavía tengo el tiempo de mi lado, todas las posibilidades están abiertas mientras escribo.

Un abrazo grande,  
Miguel

b- Dardo Scavino a Miguel Vitagliano.

En viaje a Bordeaux, 29 de mayo del 2011.

Querido Miguel,

Qué alegría recibir tu carta. Te estoy escribiendo desde el tren que va a llevarme de vuelta a Bordeaux. Te conté, ¿no?, que suelo aprovechar estos viajes para corregir, escribir o leer. Hago más de mil kilómetros por semana, así que imagínate. El tren todavía no salió de Montparnasse. A unos metros de acá, justo al lado de la estación, vivía Saer. Unas semanas antes de su muerte pasé una tarde entera con él hablando de viajes. Te imaginás, claro, en lo que estaba pensando. Pero no tocamos ese tema. Nuestra conversación giró en torno al regreso. Los emigrados hablan en general mucho de eso. Los dos nos vinimos para acá sin la intención de quedarnos. Nos habían ofrecido un trabajo provisorio en la universidad -el mismo, casualmente- y aceptamos porque allá estábamos un poco en banda. Y uno se dice, ¿no?, qué puedo perder, voy, aprovecho para aprender bien el idioma, veo un poco qué hay del otro lado del mar y vuelvo. Son solamente un par de años, finalmente. Craso error. Después, volver resulta difícil. Precisás que te salga algo allá, y cuando no tenés ninguna respuesta, te da la impresión de haberte ido de Sevilla. La última novela de Saer hablaba justamente de eso, de la vuelta al país de un tipo que se había pasado una punta de años afuera. Saer acababa de jubilarse y soñaba con volver a comer asados en Rincón.

El vagón está empezando a llenarse. Siempre tomo el mismo tren los viernes por la tarde. Ese día vuelven los tipos que laburaron toda la semana en París pero que tienen la familia en Angoulême, Bordeaux o Toulouse. A los obreros de la construcción los reconocés fácilmente porque en general llegan con el pelo mojado. Me hacen acordar a los muchachos que subían en Chacarita cuando yo tomaba el tren a la noche para volver a Martín Coronado. Tienen bolsos parecidos y la misma cara de cansados. Sólo que éstos son tunesinos, marroquíes o senegaleses que a lo mejor cruzaron el estrecho de Gibraltar en una "patera", aferrados a la cola de su desesperación. Y acá

vienen a trabajar de lo que pueden: barren las calles, limpian los baños, se suben a los andamios y se caen de ahí también. Todo eso por salarios de miseria, como puede pasarles a los bolivianos o a los peruanos en Argentina. Y encima de eso tienen que soportar que el gobierno de Sarkozy les achaque el aumento de la desocupación y la criminalidad.

Hablando de eso, qué buena la leyenda de los fugitivos de Martín García. Siempre te pregunto, ¿no?, de dónde sacás esas historias. A veces tengo la impresión de que no andás por el mundo observándolo sino escuchándolo o leyéndolo. Me acuerdo del epígrafe de tu primera novela, *Posdata para las flores*: “Las fantasías no se devuelven”. ¿Era eso, no? Si no recuerdo mal, decías que era el cartel de una boutique. Y vos le asignaste una dignidad poética a ese fragmento de comercio. Es una de tus operaciones poéticas favorita, ¿o me equivoco?, un poco como el escultor que recoge un cachivache abandonado y lo convierte en obra de arte. Hay algo de *ready-made* en eso. Con la historia de los prisioneros hacés algo semejante: convertís una leyenda en un pequeño poema en prosa. Y su estatuto poético, a mi entender, se explica por aquello que decía Saer: porque hace aparecer cosas que hasta entonces se confundían en un magma indiferenciado. Después vienen los intérpretes que tratan de explicar qué es eso. Como aquellos versos en que Ulises, preso en la isla de Calipso, miraba hacia el horizonte donde se encontraba Ítaca, tu leyenda podría tener miles de lecturas.

Se me tapan los oídos porque el tren está pasando a toda velocidad por los túneles que le permiten salir de l'Île de France. Así llaman desde el Medioevo a la región parisina encerrada entre tres ríos. Leyendo tu carta, me doy cuenta de que la isla reúne las figuras antitéticas de la utopía y la prisión. A lo mejor la prisión es la utopía realizada, ¿no? Ocurrió, sí, que mucha gente quiso fugarse en balsas de algunas utopías isleñas, y se quejaban de eso, justamente: “¿Por qué tenemos que seguir padeciendo la utopía de los otros?”. Y ahí se iban, bien asidos a las crines de sus ilusiones, en busca de una vida nueva. La utopía capitalista y el sueño americano tuvieron un notorio poder de seducción sobre las multitudes, mucho más cautivante, me da la impresión, que algunas utopías colectivas, y comparable con la atracción provocada por la salvación minoritaria de los jugadores de ruleta o lotería. No hay vueltas: los sistemas económicos y sociales precisan esa dimensión utópica para funcionar y reproducirse, y cualquier realidad humana tiene como condición de existencia esa cuota de ilusión. El capitalismo no es la excepción: es como si a los presos de Martín García los hubiesen convencido de que los mejores pica-pedrereros se convertirían en guardianes. De vez en cuando, el director de la prisión tendría que promover a uno para que los demás confirmen el funcionamiento del sistema y

colaboren con él. No van a faltar los presos que digan: "Miralo a ese, que no labura, así no va a llegar a nada".

Pero me parece que vos sugerís una mejor solución para aquella paradójica coincidencia insular de la utopía y la prisión: la libertad no se encuentra en la meta sino en el viaje, en la navegación, en el "arrojarse al agua". Sería un poco la solución moderna, ¿no es cierto? No hay ninguna forma de vida, ninguna organización social, que sea más humana que otra. Lo que nos distingue de otros bichos es la historicidad, la transformación y la diversidad de estas formas. Las abejas, las hormigas y hasta los chimpancés, tienen organizaciones sociales invariables, como los nidos de los pájaros. Nosotros nos la pasamos cambiando, y la historia sería eso: el viaje a través del archipiélago y no la estadía en tal o cual isla. Hasta para Ulises fue así, porque se suele olvidar que su regreso a Ítaca fue provisorio, no sé si te acordás: tenía que partir de nuevo, al continente esta vez, y caminar tierra adentro hasta encontrar a gente que no hubiera visto nunca el mar y fuese incapaz de reconocer un remo. Sólo así lograría aplacar definitivamente la cólera de Poseidón. La odisea de Ulises no termina cuando concluye la *Odisea*. Y la maldición bíblica guarda algunas semejanzas con ésta. Expulsada del Edén, la humanidad está condenada a errar sin encontrar nunca más su lugar propio, sin poder regresar a la patria de donde se vio desterrada, aunque confiando en la vaga promesa de que algún día esta tierra va a despuntar en el horizonte. Para "arrojarse al agua" los humanos precisarán "inventar horizontes con la mirada". Bachelard decía por ahí que para lanzarse a navegar hacían falta intereses potentes y que no había intereses más potentes que los intereses quiméricos. Los que pretenden extirpar la utopía de la política deberían reflexionar un poco acerca de esto. Porque una política sin utopía es como una sexualidad sin fantasma.

No te rías, en serio: ¿no te acordás de que la política y el erotismo eran para mí dos ramas de la metafísica?

El tren se parece ahora a un barco que atraviesa la llanura. Sarmiento hubiese estado encantado. Él contribuyó para que la Argentina fuera durante mucho tiempo esa tierra prometida. Agarrados a las colas de su esperanza en una vida mejor, o nueva, los inmigrantes también cruzaron el océano, escapándose del hambre, las guerras o los pogroms, un poco como los marroquíes y senegaleses con que viajó en el vagón. La diferencia, sin embargo, es flagrante porque los inmigrantes iban a Argentina a formar parte de un pueblo nuevo, mientras que los africanos saben fehacientemente que ni ellos, ni sus hijos, van a formar parte de este pueblo viejo.



Bordeaux era justamente uno de los puertos europeos de donde salían los buques repletos de trabajadores con destino al Río de la Plata. Ahí se embarcó también Albert Londres, el periodista que escribió *Le chemin de Buenos Aires*, una investigación sobre la trata de blancas controlada por la mafia marsellesa y también sobre las italianas, españolas o polacas que recibían unas lecciones perentorias de francés para desenvolverse en algún burdel argentino (si no somos hijos, Miguel, somos en muchos casos nietos de la profesión, y yo siempre me pregunté por qué mi abuela blandía con tanta desenvoltura un jargón prostibulario que hubiese hecho sonrojarse a los dos Lamborghini juntos).

Cuando llegaron, los Lugones y los Carlés también los convirtieron en chivos expiatorios. Pero la Argentina siguió siendo durante décadas el nombre de esa tierra de promisión. Poseídos por esta convicción, esos trabajadores y trabajadoras se aferraron a las colas de muchos proyectos políticos que prometieron llevarlos hasta la patria justa, libre y soberana. Supongo que muchas de las mejores cosas que se hicieron en el país tuvieron como potencia inspiradora estos viajes hacia la emancipación. Después, es cierto, esas utopías políticas parecieran haberse degradado hasta ese chauvinismo ramplón, tilingo o futbolero, que supieron explotar bien los militares y algunos vendedores de diarios. Pero estas vanaglorias domésticas ya no tienen nada que ver con los horizontes que despertaron aquellos potentes anhelos de navegación colectiva.

Bueno, entre una cosa y otra el tren ya está llegando a Poitiers, y yo, a los 9.000 caracteres. Así que te voy a ir dejando. Me queda todavía una hora y media hasta Bordeaux y se me cierran los ojos. Voy a aprovechar para dormirme una siesta. Porque después, cuando baje, tengo un trecho más hasta mi casa. Poseidón debe haberse cabreado conmigo también porque me la paso viajando. Pero en cualquier momento me va a dejar volver y ahí vamos a vernos. Me prometiste un asado, acordate. Me imagino la columna de humo elevándose en la noche. A lo mejor sueño con eso ahora. Suelo soñar mucho con eso.

Te mando un fuerte abrazo,  
Dardo

# Cartas sobre la mesa

La siguiente sección, que hemos dado en llamar “Cartas sobre la mesa”, está pensada como un espacio de pensamiento político. En él pretendemos presentar cartas que fueron dadas a conocer en el ámbito público de variadas formas, que van desde la carta abierta a la disputa lisa y llana a través de la prensa. Para este primer número hemos elegido un conjunto de misivas escritas por el General Valle antes de su fusilamiento, entre las que se destaca por su carga política la que le escribió a Aramburu.

El conjunto de cartas fue tomado de un folleto publicado en diciembre de 1962 por la “Comisión Popular Permanente de Homenaje a los Héroes y Mártires del 9 de Junio”. El folleto estaba acompañado además de la proclama revolucionaria que impulsaba el “Movimiento de Recuperación Nacional” dirigido por Valle y Tanco y por la nómina de los fusilados que el intento dio como resultado. Por último, incluía un apartado que se titulaba “Asesinados en José León Suárez” en donde se detallaba los nombres de 5 asesinados y de quien ordenó de forma verbal tan irregular procedimiento. Los nombres son los siguientes: Carlos Alberto Lizaso, Nicolás Carranza, Francisco Garibotti, Mario Brión y Vicente Rodríguez; la orden fue dada por el Jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires el Teniente Coronel Desiderio Fernández Suárez. Hoy, gracias a la célebre publicación de Rodolfo Walsh, sabemos que los detenidos que iban a ser fusilados eran doce, los sobrevivientes fueron: Julio Troxler (doblemente fusilado), Cesar Benavidez, Norberto Gavino, Horacio di Chiano, Juan Carlos Torres, Don Lito Giunta y Juan Carlos Livraga (el fusilado que vive).

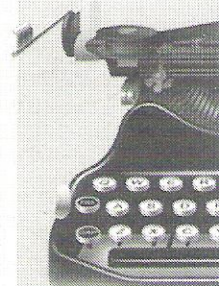
Al momento de la publicación del folleto, la proclama revolucionaria y la totalidad de las cartas eran ya conocidas, lo único que no se sabía con exactitud era el número de fusilados.



El pleonasma del torero llamado Guerra, “lo que no puede ser, no puede ser y además, es imposible”, parece sumamente adecuado para esta ocasión; porque en efecto, es imposible dar cuenta en esta introducción de los debates y las repercusiones que generaron el levantamiento, su fracaso y la carta a Aramburu en sí, tanto en términos políticos, como literarios y al interior del propio peronismo. En todo caso, solo nos referiremos en lo que sigue al contenido de las cartas.

La carta a Aramburu, que podemos considerar la carta central, si no inicia, por lo menos interviene directa y contundentemente en la discusión por el papel que debían jugar las FFAA en la defensa de los intereses de la nación, la recuperación de la soberanía y la salvación del pueblo. Como se podrá observar, en el tono del escrito subyace un aire paternalista y mesiánico que se expande a las otras cartas y que da cuenta de una determinada concepción filosófico-política signada por una lógica sacrificial y heroica, que se encarna, o debería encarnarse, en ciertas instituciones, en este caso las fuerzas armadas. De la comparación epistolar se desprende que el pueblo y la hija de Valle ocupan un lugar similar. Son aquellos destinados a contemplar, en un futuro, la acción redentora del héroe; son también los que están en peligro; pero sobre todo, los que deben ser cuidados y protegidos. Por estos rasgos definitivos, la carta central es una denuncia y un reproche, pero además debe ser considerada como una parte constitutiva del inmenso cuerpo epistolar peronista. Los rasgos que la definen no son de un Valle sino de un Perón. En la frase de Valle: “Sólo buscábamos la justicia y la libertad del 95 por ciento de los argentinos, (...). No defendemos la causa de ningún hombre ni de ningún partido”, resuenan los ecos de aquella que Perón dijera en el 49: “No somos un partido político; somos un movimiento y, como tal, no representamos intereses sectarios ni partidarios: representamos sólo los intereses de la nación”. Pero Perón es, o pretende ser, un soberano hobbesiano mientras que Valle es un príncipe maquiavélico. Una palabra sobrevuela todo el escrito de Valle: “traición”. Como señala González, el engaño y la traición cometidos por los verdugos parecen indignar más a Valle que el propio acto de fusilamiento, las irregularidades de procedimiento o el golpe de estado en sí mismo. Condenar esto último, significaba condenar su propio accionar como representante del ejército que encarna en sí el papel de salvador de la patria; significaba también cuestionar al ejército y sobre todo su propio honor.

Paradójicamente, la idea de traición es también la que subyace a la condena de Perón. Perón veía en Valle a un oportunista que oculta sus intereses personales en supuestas, abnegadas, mesiánicas y heroicas acciones. Se siente traicionado y traicionar-



lo, siguiendo nuestra distinción entre Hobbes y Maquiavelo, significa traicionar a la patria. No parece extraño entonces que Perón se opusiese al levantamiento. Sintomáticamente esa oposición se expresó también a través de cartas. Cartas clandestinas dirigidas en este caso a John William Cooke. En esa otra abultada parte del epistolario peronista que constituye la correspondencia Perón-Cooke, Perón expresa esto mismo: "El golpe militar frustrado del 10 de junio es una consecuencia lógica de la falta de prudencia que caracteriza a los militares. (...). Esos mismos oficiales que hoy se sienten azotados por la injusticia y la arbitrariedad de la canalla dictatorial, no tenían la misma decisión el día 16 de septiembre, cuando los vi titubear ante toda orden y toda medida de represión a sus camaradas que hoy los pasan por las armas". Nótese la sutileza con que una pequeña variante cambia por completo la percepción de lo sucedido. Valle se refiere al enfrentamiento como a un levantamiento; mientras que Perón, que lo ve como una traición, lo llama "golpe militar frustrado". En efecto, para este último no era otra cosa que un nuevo golpe.

Todo el entramado epistolar que aquí ensayamos relacionar, da lugar a una inagotable fuente de interpretaciones posibles, que en todo caso, no intentamos de ningún modo agotar, sino por el contrario expandir a través de la publicación de este pequeño manojito de cartas que, por pequeño que sea, no deja de tener una significación trascendente para cualquier intento por comprender aquello que podemos llamar el fenómeno del peronismo.

#### a- Carta a Aramburu

Dentro de pocas horas usted tendrá la satisfacción de haberme asesinado. Debo a mi patria la declaración fidedigna de los acontecimientos. Declaro que un grupo de marinos y militares, movidos por ustedes mismos, son los únicos responsables de lo acaecido. Para liquidar opositores les pareció digno inducirlos al levantamiento y sacrificarlos luego fríamente. Nos faltó astucia o perversidad para adivinar la treta. Así se explica que nos esperaran en los cuarteles apuntándonos con las ametralladoras, que avanzaran los tanques de ustedes aun antes de estallar el movimiento, que capitanearan tropas de represión algunos oficiales comprometidos en nuestra revolución. Con fusilarme a mí bastaba. Pero no, han querido ustedes escarmentar al pueblo, cobrarse la impopularidad confesada por el mismo Rojas, vengarse de los sabotajes, cubrir el fracaso de las investigaciones, desvirtuadas al día siguiente en solicitadas de los diarios y desahogar una vez más su odio al pueblo, de aquí esta inconcebible y monstruosa ola de asesinatos.





Entre mi suerte y la de ustedes me quedo con la mía. Mi esposa y mi hija, a través de sus lágrimas verán en mí a un idealista sacrificado por la causa del pueblo. Las mujeres de ustedes, hasta ellas, verán asomárseles por los ojos sus almas de asesinos. Y si les sonrían y los besan será para disimular el terror que les causan. Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones.

La palabra “monstruos” brota incontinida de cada argentino a cada paso que da.

Conservo toda mi serenidad ante la muerte. Nuestro fracaso material es un gran triunfo moral. Nuestro levantamiento es una expresión más de la indignación incontenible de la inmensa mayoría del pueblo argentino esclavizado. Dirán de nuestro movimiento que era totalitario o comunista y que programábamos matanzas en masa. Mienten. Nuestra proclama radial comenzó por exigir respeto a las instituciones y templos y personas. En las guarniciones tomadas no sacrificamos un solo hombre de ustedes. Y hubiéramos procedido con todo rigor contra quien atentara contra la vida de Rojas, de Bengoa, de quien fuera. Porque no tenemos alma de verdugos. Sólo buscábamos la justicia y la libertad del 95 por ciento de los argentinos, amordazados, sin prensa, sin partido político, sin garantías constitucionales, sin derecho obrero, sin nada. No defendemos la causa de ningún hombre ni de ningún partido.

Es asombroso que ustedes, los más beneficiados por el régimen depuesto y sus más fervorosos aduladores, hagan gala ahora de una crueldad como no hay memoria. Nosotros defendemos al pueblo, al que ustedes le están imponiendo el libertinaje de una minoría oligárquica, en pugna con la verdadera libertad de la mayoría, y un liberalismo rancio y laico en contra de las tradiciones de nuestro país. Todo el mundo sabe que la crueldad en los castigos la dicta el odio, sólo el odio de clases o el miedo. Como tienen ustedes los días contados, para librarse del propio terror, siembran terror. Pero inútilmente. Por este método sólo han logrado hacerse aborrecer aquí y en el extranjero. Pero no tapan con mentiras la dramática realidad argentina por más que tengan toda la prensa del país alineada al servicio de ustedes.

Como cristiano me presento ante Dios que murió ajusticiado, perdonando a mis asesinos, y, como argentino, derramo mi sangre por la causa del pueblo humilde, por la justicia y la libertad de todos, no sólo de minorías privilegiadas. Espero que el pueblo conocerá un día esta carta y la proclama revolucionaria, en las que quedan nuestros ide-

ales en forma intergiversable. Así nadie podrá ser embaucado por el cúmulo de mentiras contradictorias y ridículas con que el gobierno trata de cohonestar esta ola de matanzas y lavarse las manos sucias en sangre. Ruego a Dios que mi sangre sirva para unir a los argentinos. Viva la patria.

Buenos aires, 12 de junio de 1956.

Juan José Valle

b- Carta a su esposa

Querida mía:

Con más sangre se ahogan los gritos de libertad. He sacrificado toda mi vida para el país y el ejército, y hoy la cierran con una alevosa injusticia.

Sé serena y fuerte. Dios te ayudará y yo desde el más allá seguiré velando por ustedes. No te avergüences nunca de la muerte de tu esposo, pues la causa por la que he luchado es la más humana y justa: la del Pueblo de mi Patria.

Cuida mucho a Susanita, y que después de este amargo trance encuentren resignación y mucha felicidad. Tenemos muy buenos amigos; confía en ellos, yo les he pedido que te ayuden.

Muchas cosas tendría que decirte pero las sintetizo en una sola; me has hecho muy feliz y por ello me voy de la vida con esa serenidad que me has sabido inspirar siempre. Te deseo mucha resignación. Sé fuerte y continúa la vida con mi recuerdo y con la frente alta, pues de nada debemos avergonzarnos.

Hoy se difama la honra y el honor; pero yo he procedido siempre con integridad. Sólo pienso, que no terminamos nuestra obra en común: la felicidad de nuestra querida hija. A ti te queda el hacerlo. Sé fuerte para ello. Y por eso debes hacer frente a la vida con entereza y mucha confianza en tus fuerzas, que las sé muchas.

No me dan tiempo ni siquiera a despedirme de ti con un gran beso. Aquí te lo envío. Pongo en él mi corazón, que ha sido siempre de mi mujercita querida. En los últimos momentos no quiero tener amarguras con los hombres que se olvidan de todo

lo que es humano. Mi viejita, perdóname este final de nuestra vida. Pido a Dios que te reconforte pronto para seguir luchando por nuestra hija y por vos misma. Un tropel de emocionadas palabras son las de mi despedida definitiva. Que Dios te proteja y en la resignación encuentres alivio a esta tortura. Besos y besos de tu Juanjo. Adiós mi amor.

c- Carta a su hermana

Querida Estela:

Los hombres se han engegucido y se olvidan de Dios.

Me voy con fe por la causa que he luchado y algún día sabrán los argentinos cómo se lucha por ellos.

No aflojés y está orgullosa de tu hermano; andá con la frente alta porque nada malo he hecho y creo siempre haber sido bueno.

Cuida mucho a mamá, es mi gran intranquilidad en estos momentos.

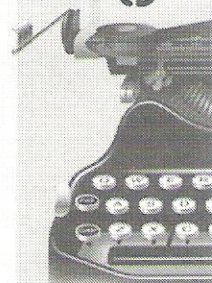
A Nicolás Guille que tenga fe en mí y orgullo.

Tú con ellos que seas feliz y Dios te premie por la mejor hermana que ha podido haber en el mundo.

Bueno, mi china. Fortaleza. Muchos besos de tu hermano que te adora y que desde el más allá seguirá velando por ustedes.

Muchos besos. Fuerte y orgullosa de tu hermano.

Juan José



El debate abierto a partir de la convocatoria a Vargas Llosa como conferencista inaugural en la última edición de la Feria del Libro, en Buenos Aires, ha dado reflexiones que consideramos relevantes para pensar la tarea del intelectual en el marco de una época que, desde *En Ciernes*, vivimos con esperanza. Es por ello que convocamos a Tomás Abraham y a Diego Tatián para que, excediendo aquel debate, discurren sobre la posición del intelectual y de la crítica en la política contemporánea. La polémica, a veces en un contrapunto inquietante, es el modo en que conversa secretamente lo que a primera vista parece no poder comunicarse.



# Polémica Contemporánea



a- Abraham

Buenos Aires, 20 de agosto de 2011.

### Los pastores del poder

Nuestros tiempos son los de la soberanía grotesca. El poder de G. W. Bush, de Berlusconi y en nuestro país de los regentes del último justicialismo Carlos Menem y los Kirchner, son un ejemplo de un modo análogo de ejercicio del poder. Cuanto más se degrada las fuentes de legitimidad de una investidura, cuanto más se escupe sobre los procedimientos que limitan la voluntad de dominación, mejor se expone un tipo de omnipotencia que se ríe de las trabas legales. Al poder se lo ubica en otro lado, más allá de las formas, lejos de toda representación, ajeno al republicanismo, sin relación a la ética. Conocemos esta cantinela, fue la del setenta, y terminó en la sangre. Pero en esas épocas se venía de muchos años de proscripción y de represión militar mientras hoy hace casi tres décadas que enunciamos el “nunca más” que dio inicio a la democracia. Este adverbio temporal negativo nace con el deseo de construir un sistema político que no habíamos tenido antes, el de no más torturas, no más censura, no más persecución política, no más roba pero hace. Pero hoy la política es un derivado de la década del noventa en la que todo valía. Lo que sucedió durante el llamado neoliberalismo no se reduce a la privatización de las empresas del Estado sino a la privatización de la política y a la exclusiva consigna de ganar y acumular poder de cualquier modo. El sistema de alianzas de otras épocas ya olvidadas estaba limitada por grandes relatos ideológicos que justificaban pactos estatégicos transitorios. El kircherismo es un subproducto farsesco del esquema clásico. Daniel Scioli es el máximo dirigente detrás de Cristina, ex vicepresidente y gobernador, es hijo de Menem y hermano ideológico de Macri, nada lo distingue de cualquier dirigente del Pro. Pero Scioli es un socio y Macri un enemigo. Boudou era miembro de los economistas neoliberales que justificaron y defendieron la política económica de los noventa. Alberto Fernández era funcionario de Cavallo. Aníbal Fernández era de la tropa del reaccionario Duhalde. Néstor Kirchner, un admirador incondicional de Menem y un agradecido por la ley de federalización de los recursos naturales y la privatización de YPF. Por ello obtuvo quinientos millones de dólares que hace quince años evaporó sin rendir cuentas con lo que produjo uno de los mayores desfalcos conocidos de la historia argentina. Causa judicial proscripta por supuesto para que se siga alimentando la novela familiar de este ungido héroe. Fojas cero y legajo desaparecido lo mismo que su enriquecimiento con la siniestra 1050 de Martínez de Hoz que permitió a ciertos abogados hacerse de las propiedades de la gente quebrada y estafada.

El 29 de mayo Horacio Verbitzky escribe una nota en la que pretende refutar los dichos de Beatriz Sarlo, quien recordaba que Néstor Kirchner nunca había militado en organizaciones de derechos humanos. ¿Cómo responde el operador periodista a la afirmación de la ensayista? Recomienda conseguir la grabación de un discurso de Kirchner en un teatro de Río Gallegos en el año 1983 en el que condena a los militares del Proceso al tratarlos de sinvergüenzas. Así refuta una historia que ya tiene treinta años de manoseo y trata de esconder que Néstor Kirchner siempre perteneció a la derecha peronista. Esto es lo grotesco. Un poder ejercido de un modo socarrón a los gritos, con “cargadas” y mentiras. No creemos en nada. Nos cagamos en todo. Por eso podemos construir mitos. No hay mayor cantidad de crédulos que cuando nadie cree en nada. Para eso están los de la pastoral K. Estos académicos que encuentran hoy un motivo para despertarse de un sopor que los confinaba a rumiar letanías sobre la modernidad, la decadencia de los valores, la ínfulas de la cultura de Viena y de Weimar, la razón instrumental y el nihilismo, el judaísmo de mingo y pongo estos monjes catedráticos le escriben el guión espiritista a un modo de ejercer la política cínico para el que lo único que importa es ganar poder y dinero. Ya sé que las relaciones entre los pastores y el príncipe no son sencillas. No lo eran para los evangelistas que acompañaban a los conquistadores. Entre la cruz y la espada puede haber conflicto. Por eso vemos a esos representantes letrados con esa cara de preocupación cuando entonan su *Miserere* de pasiones tristes. Pero no creo en su ingenuidad. Saben lo que hacen. Se inventan un mito para sentirse y hacer sentir que nuevamente se yergue una nueva Argentina Potencia. “Hacemos historia”, dicen sin pudor. Otra vez esa megalomanía impúdica y berreta que conocemos desde siempre. ¿Por qué no festejamos en cambio el hecho milagroso en todo un siglo del aumento sideral del precio del poroto que brota de a mares por el arrasamiento de la tierra? ¿Por qué no zambeamos con “joia” por el crecimiento del Gran Hermano brasuca que permite que por primera vez en tanto tiempo haya plata y caja para poder ordenar, mandar, extorsionar, someter, comprar y coimear? ¡Brindemos por eso! Aunque la desigualdad de clases en la Argentina sea una de las más obscenas del mundo aún hoy luego de ocho años de crecimiento a tasas chinas, descorchemos el champagne, pizza ya hay, y que pasen por la pasarela los chicos de la Cámpora, los economistas cancheros, las actrices de tele con éxtasis por el modelo, los populistas gramscianos y los periodistas militantes. Lindo elenco este de la barra macanuda. Si pensamos que este nuevo milagro nacional tiene sólo tres años de vida, que nace con la 125, que recién desde esa fecha se produce este despertar argentino, ni quiero pensar lo que se viene. Una ley que fue rechazada con el no positivo y que no impide que el gobierno se siga llenando de plata gracias a la oligarquía y que la oligarquía se siga llenando de plata gracias al gobierno. O sea que fue un litigio al pedo. Sirvió para que unos rezagados se dieran cuenta que es su momento

de protagonismo y descubrieran que todo lo que sabemos del mundo es un engaño urdido por la mente enfermiza de los ex socios de Néstor, el Monopolio con su Tabernáculo digital encarnados en Fibertel y Cablevisión, el monstruo *Clarín*, más la oligarquía sojera, más Techint, más Macri, más *La Nación*, más de lo mismo para que los maravillosos jóvenes hagan pogo y salten al son del candombe. A eso se le llama militancia. Mientras tanto las nuevas oligarquías se crean desde el poder gubernamental. Tráfico de influencias, negocios privados, cajas negras, contratos espúreos, nepotismo y desmantelamiento de los organismos de control. Pero a esos plutócratas no se los toca, es la buena oligarquía. Ah, y los derechos humanos, ¿que haría este poder sin Madres y Abuelas? Nada, estaría desnudo, sin galones, mostrando sus deformidades. ¿Qué hizo este gobierno de Madres y Abuelas? Les sacó el pañuelo blanco. Las metió en negocios, en el mundo del dinero y el de los contubernios políticos. Ya sabemos los judíos que los genocidios no son garantía de mañanas impolutos. Conocemos el negocio del genocidio. Bien lo conoció Hannah Arendt y dio cuenta de ello a un alto costo durante el juicio a Eichmann. ¿Pero que el negocio lo hagan otros? Y no me refiero sólo al demonio Sergio. ¿Los que vienen detrás con su codicia psicopática de poder y más poder? El que haya visto a Massera y a Videla en el banco de acusados en los ochenta sabe lo que es juzgar a genocidas cuando sus tropas aún tienen todo el poder de fuego y pueden deponer o desestabilizar -como efectivamente lo hicieron- a un gobierno democrático. Gracias a Menem que derrotó al golpista fascista Seineldín, Kirchner pudo descolgar el cuadro, iniciar los juicios y manipular la historia.

¿Así que volvió la política a la mesa familiar? No me digan. En los noventa era “la economía, estúpido”. Ahora es “la teología, otra vez estúpido”. ¿Que antes se negaba el conflicto, que vivíamos bajo el engaño del consenso? ¿Alguien quiere recapitular algunos fragmentos de historia argentina para ver cómo nos hicimos mierda los unos a los otros metódicamente? ¿Se acuerdan de José Luis Cabezas? ¿Saben por qué Menem comenzó a irse al descenso? No fue sólo por la crisis de los mercados emergentes. Sino por esa supuesta “falta” de conflicto en los años noventa que asesinó al fotógrafo y develó el entramado mafioso del poder. ¿Saben que desde que se inicia la democracia dos presidentes fueron echados y que uno votado dos veces y triunfante permanente en las legislaturas, es un innombrable? Un manto de lugares comunes ocultan las contradicciones y antagonismos principales de nuestra sociedad porque algunos creen que la política es ese recitado vacío y teoricista que se aprende en las facultades de ciencias sociales. Perdonen si soy demasiado extremista, pero es que los teólogos me matan. Todo el tiempo metiéndonos la culpa y la deuda infinita. La conciencia moral, la mala conciencia, que Nietzsche no me oiga. Conocemos a los representantes del espíritu sacerdotal que viven

de las rentas de los mártires de la historia. Y Marx tampoco existe. Les basta con pronunciar con boquitas pintadas la palabra “hegemonía”. Los pastores pastan como sus ovejas. Son perezosos. Prefieren compartir bibliografía regurgitada. Desconocen la situación concreta de un país que se llama Argentina que se la imaginan como la Atlántida. La economía política, la demografía, la diversidad religiosa, los hábitos culturales, los análisis específicos, ¿para qué hacerlos si ya los realizó Scalabrini Ortiz en su momento... que es siempre el mismo? Con gesto impávido los pastores del poder nos preguntan si alguien puede dudar de que la Argentina del 2011 es diferente de la del 2001 o 2003. ¡Pero claro que es diferente!, todo es diferente, Uruguay es diferente entre Batlle y Pepe, Brasil es diferente con los dos gobiernos de Lula, Colombia es diferente, Venezuela, Dios mío, la China es diferente, y yanquilandia es irreconocible. ¿Y qué? ¿A quién se lo debemos? En lugar de usar tantas frasecitas de convento ¿por qué no repasamos un poco de materialismo histórico? ¿No se les ocurrió que lo que pasa en nuestro país tiene que ver con el devenir del mundo? ¿Escucharon hablar del BIRC? Agréguele Sudáfrica. El mundo es redondo, no sólo por la globalización. Somos parte de él. Nuestra economía es dependiente. Hoy más que nunca. Brasil estornuda y nosotros morimos de pulmonía. La plata que se gana acá se sigue yendo del país a mares. La plata que embolsa el staff del gobierno también se va a mares. La energía de los subsuelos que antes teníamos ahora la pedimos prestada. “Pero señor Abraham, por favor, ¿usted no reconoce nada bueno a este gobierno?” Por favor, no me malentiendan. Me gusta el fútbol para todos sin volumen, así puedo ver todos los partidos y no escuchar las fanfarronadas de Araujo y el interminable panfleto oficial. Me gusta que crear trabajo sea la prioridad número uno, aun cuando el calentamiento de la máquina pueda reventar y crear un caos fulero. La asignación por hijo, el matrimonio igualitario, vienen de luchas de minorías y de propuestas de la oposición a la que el gobierno les dio bola sólo cuando veía en peligro su proceso de acumulación de poder. Su “nunca menos”, imperativo hipotético, oportunista y circunstancial, nada tiene que ver con el imperativo categórico del “nunca más” que es de principio, incondicional. Ah, me gusta la Corte, en especial, la Argibay, que es bien cojonuda. La misma Corte desoída y criticada cuando exige que aparezca la plata para concretar la limpieza del Riachuelo, para que se efectivice el 82% móvil para los jubilados, para que no se haga un uso discriminatorio de la publicidad oficial con fines extorsivos. De todos modos, cualquiera puede seleccionar medidas positivas de todos los gobiernos de la historia, aún de los más infames. Basta revisar los consensos que ofrendó la sociedad argentina en el último medio siglo. Es fácil hablar de poder, condenarlo por un lado, y treparse a él por el otro. Lo difícil es interpelar a la sociedad y a los mercaderes de valores, porque ahí se trama la verdadera ideología y los sedimentos culturales que no se licuan con moralismo fatuo y mala prosa.

b- Tatián.

Córdoba, 5 de septiembre de 2011

Querido Alejandro,

Aunque la invitación estricta de *En ciernes* es a escribir una “carta abierta” -expresión que ha tenido un rodaje inesperado, extraño y fecundo en la vocinglería política argentina desde hace algunos años-, opto por remitírtela por sentirme más a gusto en la ficción de que haya interlocutor específico y haber sido tuya la propuesta de que la escribiese. En esa invitación se consignaba lacónicamente: “sobre la función del intelectual, la escritura y la política a partir del affaire Vargas Llosa, pero en vistas a excederlo...”, y a continuación que habrá también una carta de Tomás Abraham, “serían dos cartas abiertas, independientes entre sí, para mostrar el contraste de posiciones”, etc. Me propongo considerar esta carta como una pequeña aventura, aunque presumo que voy a desilusionar esa expectativa que anticipa una “posición” de mi parte. Además, voy a tomarme la libertad de ser oblicuo y comenzar con una invocación anacrónica -¿no es la anacronía uno de los presupuestos de la crítica, y no se considera la crítica una tarea, la más propia, de los intelectuales? -, pues por una especie de memoria involuntaria me acordé de un breve artículo de Jan Patocka que hace quince años publicó la revista *Nombres*.

El nombre de Patocka fue crucial en el movimiento disidente de las llamadas democracias populares. Expulsado de la Universidad checa por el régimen comunista (se reintegró brevemente a ella durante la “Primavera de Praga”, después de la que volvió a ser expulsado) soportó toda clase de persecuciones hasta que en 1977, junto a Juri Hájek, Vaclav Havel y otros intelectuales firmó la Carta 77, un texto que convocaba a la responsabilidad civil y a “una resistencia más ética que política”, según diría Havel años más tarde. Patocka murió pocos días después de haber sido redactada la Carta, como consecuencia de un “interrogatorio” policial. Antes, impartió seminarios clandestinos -“Platón y Europa” es uno de ellos- donde hablaba de cosas extrañas como el “cuidado del alma”, la “responsabilidad”, el “secreto” o “la noche de la civilización”. Pero el texto en *Nombres* al que antes me refería se llama “El hombre espiritual y el intelectual”. “Espiritual” es una palabra sin duda poco recomendable para designar a quienes conciben su tarea como acuñación de las armas de la crítica necesarias en la contienda ideológica, pero no hay en su invocación un propósito provocativo (ni por parte de Patocka al recuperarla, ni de parte mía al citarlo). Allí, sin desdén ninguno hacia la figura del intelectual, se refiere a la existencia de hombres que sin embargo no pueden ser designados

de ese modo, indistinguibles por la sola descripción, pero irreductibles en su singularidad. “No se trata de algo que pueda ser definido desde el exterior... Los ‘hombres espirituales’ [Patočka pone siempre comillas] en general escriben también ellos y ejercitan el mismo tipo de actividad que aquellos para quienes la cultura es un medio de mantenimiento..., son profesores como los otros, dan cursos, etc. Sin embargo, por más difícil que sea de aprehender la diferencia es muy profunda”. Una perseverancia sin concesiones en la “problematicidad” y en la “oscuridad” de la vida humana es, según el texto al que me estoy refiriendo, lo propio del “hombre espiritual” y aquello por lo cual se trata de una existencia política “pero en otro sentido”.

A distancia de la desesperanza (“fue un acto sin esperanza” va a decir Havel cuando ya era presidente) que animaba la Carta 77, Carta Abierta es una singularísima experiencia de comunidad (de “comunidad acéfala”, dice Horacio González) no exenta de entusiasmo, esperanzada y esperanzadora. Los lugares y los tiempos son diferentes. Sin embargo, creo útil componer -poner una junto a la otra- las dos Cartas (si bien en un caso se trata de un texto, y en el otro de un colectivo político-cultural y una secuencia de textos). Esa composición me mueve a la pregunta por el lugar del pensamiento (palabra tan intempestiva como “espíritu”) en la política. No me interrogo aquí por la teoría sino por el pensamiento y las pasiones entreveradas en esa relación.

Política y pensamiento conjunta dos términos en litigio. Quisiera apresurarme a inscribir el primero en la tradición realista según la cual el poder (y no la moral, ni la religión, ni la justicia, a no ser que consideremos la moral, la religión y la justicia como formas específicas de poder) es el único límite del poder; o dicho en otros términos: aunque puede ser ejercido conforme una lógica de la conveniencia y el cálculo por la que se autoimpone mediaciones, el poder rara vez autolimita espontáneamente su expansión. Política, entonces, provisoriamente, como la actividad inmanente a un conjunto de fuerzas en conflicto motivadas por pasiones, afectos, deseos e intereses. Como contienda elemental por la cual una pluralidad irreconciliada (la pluralidad humana siempre lo está, incluso cuando ello no es explícito) manifiesta un desacuerdo, connatural a su inscripción en la finitud.

La acción colectiva -en el modo de un frente, una militancia, una resistencia organizada o un movimiento social—, nunca es sólo un conjunto inmediato de intervenciones de fuerza sino que está siempre dotada de ideas, conceptos, un léxico de orientación y herramientas intelectuales heteróclitas que conforman lo que antes se llamaba “las armas de la crítica”. Nunca la contienda política es una pura mecánica de intereses confronta-

dos, despojada de argumentos y avatares de lenguaje. Por eso, la tarea clásica de los intelectuales ha sido precisamente proporcionar las armas de la crítica con las que quienes se comprometen en la acción política sean capaces de librar con eficacia una, como ahora suele decirse, “batalla cultural” (o con las que, para emplear otro término revitalizado por la discusión pública, producir hegemonía).

Pero no es a esta funcionalidad inmediatamente polémica de las ideas (por lo demás imprescindible) a lo que aquí llamo “pensamiento”. Con esta palabra, más bien, trato de designar una dimensión frágil, que no procura armas ni puede ser concebida como panoplia ideológica. Siempre oblicuo a la contienda por la hegemonía de los signos y los significados, inservible en la disputa por el imaginario colectivo, en ocasiones disfuncional a la militancia, el pensamiento no permite por sí mismo ganar discusiones ni elecciones, pero su prescindencia nos arroja en una condición disminuida, ilusoria y vulnerable a la prepotencia, propia y ajena. Pero sobre todo: con la palabra pensamiento aludo no a la confiscación de las ideas por elites instruidas, sino exactamente a lo contrario: cualquiera piensa. O mejor: todos piensan. Ser humano es ser una cosa que piensa.

Esta dimensión pensante de la vida humana que se compromete en las controversias del tiempo que le toca transitar pero que también vacila, conjetura y especula -una dimensión que puede estar obturada o activa pero se halla siempre ahí- permite la articulación, en la que ha insistido María Pía López, de conflicto y conversación: dota al conflicto de una conversación, lo completa con una conversación sin por ello resolverlo ni reducirlo. La existencia de un pensamiento salvaje e indisciplinado (de un pensamiento como bien común), por supuesto no invalida la especificidad en la tarea de quienes destinan la mayor parte de sus horas a lidiar con las palabras y con las ideas, con la interpretación de los sentidos y el desciframiento de los signos que entrega la época, con las imposturas de los poderosos y las máscaras de la historia (es decir el *métier* de los intelectuales). Y la necesidad de este oficio tampoco invalida -es lo que estoy tratando de decir, poca cosa en realidad- la legitimidad (y la urgencia) de hombres inservibles para el combate cultural, pues “políticos en otro sentido”.

Según creo, mantener abierta la cuestión democrática es no sólo dotar de vida a los procedimientos -es decir subsumir en ellos los conflictos-, sino también cuidar y defender la interrogación por ideas y existencias renuentes a toda dicotomía: sea en el modo de una batalla cultural o de una contienda política en cualquiera de sus modos de darse. Una coexistencia de lo inequivalente y la complejidad de un general Intellect multidimensional -no sé si estarás de acuerdo en que es ésta la característica más interesante de

la era kirchnerista en la Argentina-, promueven una lucidez de las controversias que es necesario librar y el enfrentamiento con los poderes que es preciso emprender. Con lo inequivalente no aludo a las almas bellas, ni mucho menos a ningún cinismo ególatra y sobrador sino, por ejemplo -para dar finalmente algunos nombres- al grupo en torno a la refundación de la revista *Crisis*; al trabajo del colectivo Situaciones; al grupo Acontecimiento y otras comunidades intelectuales y políticas sin filiación kirchnerista. Preservar la democracia como “pluralidad irrepresentable” no es únicamente precaverse de peligrosas clausuras, sino también dotar al trabajo de la decisión política de un rizo- ma mucho más eficaz que cualquier trinchera. Al igual que los orgánicos -por supuesto que debido a diferentes razones- los intelectuales inorgánicos son fundamentales en los procesos de transformación social, en los raros tiempos en los que una sociedad se asume como fuerza productiva de nuevas libertades en torno a nuevas igualdades. Opino que esa fuerza, nunca exenta de paradoja, debería además evitar cualquier tentación de identidad.

Quizá el que estamos viviendo (todo indica que Cristina podría ganar en primera vuelta) sea un momento más delicado para el proceso designado con la palabra “kirchnerismo” que el mismo 29 de junio de 2009. Un momento, éste, que exige renovados esfuerzos de atención y convoca una prudencia y una hospitalidad en el litigio capaces de sostener la osadía.

Un abrazo fraterno,  
Diego Tatián





# Misivas Clásicas

Cartas alemanas

Por Guillermo David

Las cartas que presentamos a continuación son parte ilustrativa del copioso intercambio epistolar sostenido por Carlos Astrada con sus amigos, los filósofos alemanes con quienes había entablado relación en las aulas de Friburgo durante el período 1927-1932. Dos décadas más tarde, tras el reencuentro con varios de ellos en el Primer Congreso Nacional de Filosofía de Mendoza (abril de 1949), se iniciará el proceso de retorno a las aulas alemanas ya no como alumno sino como pensador soberano. En un largo periplo que cubrirá Italia, Francia, Austria y Alemania, Astrada recorrerá las universidades e institutos dando conferencias y entrevistándose con filósofos: dialogará con Abbagnano, Banfi, Gadamer, Löwith, Binswanger, Foucault, Szilazi, Grassi, Landgrebe, Bollnow y el propio Heidegger, entre otros. Aquí incluimos el intercambio con Ernesto Grassi, que suscitó una de las grandes polémicas filosóficas sostenidas en nuestro país sobre la historicidad de la naturaleza, así como otras de Landgrebe (editor de Husserl en Lovaina) y Szilazi (que había sustituido a Heidegger en su cátedra en la posguerra). Y cerramos con una carta del propio Astrada sobre la situación del pensamiento de Heidegger en vísperas de su conferencia, que sería publicada en *Cuadernos de Filosofía*.

La traducción de las cartas estuvo a cargo de la filósofa platense Clara Ruvituso.

a- Carta de Wilhelm Szilasi a Carlos Astrada

Friburgo, 19 de junio de 1949

Querido amigo,

Nos alegramos muchísimo cuando hace unos días recibimos sus amables cartas. El recuerdo de los hermosos días que pasamos con ustedes revivió y también el fuerte deseo de volver a verlo pronto. Estamos muy contentos con la esperanza en la posibilidad de que en septiembre nos podamos dar un gran abrazo nuevamente. Le tengo que llamar la atención sobre el hecho de que en Friburgo hasta el primero de noviembre tenemos vacaciones universitarias. Hasta esa fecha estamos en Brissago, de todas formas el 20 de septiembre podríamos ir juntos a la fiesta por los 60 años de Heidegger, en ese caso podría ver a Heidegger en su cabaña de la selva negra en Todnauberg. Lo único a lo que deberíamos renunciar es a que usted pueda dar una conferencia en la universidad.

Le pido que me envíe lo antes posible su contribución a la publicación conmemorativa a los 60 años de Heidegger por correo aéreo y a Brissago, ya que de ese modo recibo las cartas en 4-5 días, mientras que las cartas que mandan a Alemania tardan tres semanas.

Entre tanto, Heidegger ha recibido una invitación oficial de la Universidad de Cuyo para la semana de conmemoración a Goethe en agosto. Seguramente ya ha recibido noticias de esa invitación. Estuve animando a Heidegger para que acepte la invitación, no solamente porque yo mismo he ganado extraordinarias impresiones, sino para su propio bien, para que descanse un poco. Él mismo va a contestar. Yo tengo la impresión personal de que no va a aceptar la invitación para ese momento, pero que iría con gusto en primavera.

Querido amigo, le envío por correo corriente el hermoso libro de J. H. Erdmann: *Geschichte der neuen Philosophie* como entrañable recuerdo de nuestro primer encuentro. En mi opinión, ese libro es la mejor interpretación de Fichte, Schelling y Hegel lograda hasta ahora. Le envío además la nueva publicación de Heidegger. Con respecto a su trabajo sobre Nietzsche, tengo que conseguir su aprobación en momento oportuno. Tal vez lo logremos más rápido cuando esté aquí personalmente. Le envío el texto de mi conferencia por correo corriente. Hasta ahora no tuve un segundo libre como para hacerme

tomar una fotografía, pero lo haré en los próximos días. Es una alegría saber que usted ha querido tener un retrato mío. Tengo el mismo deseo, espero recibir fotos de ustedes.

Wilhelm Szilasi

b- Carta de Ernesto Grassi a Carlos Astrada

9 agosto 1949

Prof. Ernesto Grassi.  
Piazza S. Francesco di Paola.  
Firenze.

Muy querido Astrada,

Su primera carta de Argentina, recibida ayer, me dio una gran alegría. Y no escribo esto en sentido convencional. Tengo que decir que estaba algo triste por no saber nada de usted, ya que para mí nuestro encuentro en Argentina no fue simplemente una casualidad y las tareas que de allí han surgido, debido a un primer entusiasmo, no deberían quedar en el olvido. Con respecto a estas tareas, el contacto, por lo menos epistolar, debería existir con Guerrero, Onrubia, y los que forman el círculo filosófico que tiene relación con nuestras preocupaciones.

Encuentro importante y estimulante la carta con su respuesta sobre el concepto de "naturaleza". Por cierto, sólo a partir de la experiencia de estar en el mundo en un sentido existencial podemos dar con el encuentro y la experiencia de una naturaleza a-histórica. Por otro lado, el problema de la naturaleza consiste en su carácter inhumano y no por eso debemos dar un sentido naturalista empírico al concepto de naturaleza. Una tarea muy importante aquí en Europa es tratar de mostrar cómo la naturaleza no coincide en ningún aspecto con la naturaleza de los científicos de las ciencias naturales, sino que se manifiesta en nuestro instinto originario. El 11 de agosto hablé una hora en la Radio Hamburg sobre el problema de la naturaleza a-histórica a modo de observaciones filosóficas de un viaje a la Argentina. Le envió un manuscrito algo recortado del mismo, tal vez mis fugitivas indicaciones podrían despertar algo de interés en el medio filosófico argentino. En una parte que falta, he hecho alusión a su nombre y a Guerrero, Cossio, Langfelder para que se hagan conocidos entre los oyentes. Yo le mando el manuscrito y usted decidirá si lo publicará en su revista como "Omaggio all'Argentina". En el caso de

que lo quiera publicar, le propondría dos cosas; primero, que diga que la redacción proviene de una conferencia dada para la Radio Hamburg y segundo, que adjunte las eventuales objeciones u observaciones que ha dicho tener en su carta como una forma de respuesta de su parte a la misma. Creo que para los argentinos puede ser interesante, le pediría entonces que me envíe sus objeciones así yo puedo darle la respuesta desde mi punto de vista. Si por alguna razón no se realiza la publicación del manuscrito, le pediría que lo reenvíe a Guerrero y sus amigos, como muestra de agradecimiento por mi estadía. Si usted rechaza la publicación de su respuesta, se me ocurrió que Uexküll podría escribir su punto de vista sobre el tema, para mostrar otra perspectiva. Ya hablé con él y estaría de acuerdo.

Le agradecería mucho el envío de los honorarios correspondientes a la publicación de septiembre. Por razones prácticas le pediría que envíe el dinero a Suiza, a la dirección de Szilazi, con la indicación precisa de la suma que me corresponde. ¿Le puedo entonces pedir ese favor?

Por la amabilidad que han mostrado, mi esposa Adriana y yo les estamos especialmente agradecidos. Lo estamos esperando con impaciencia.

Espero que pueda venir al congreso, para ello le he escrito una carta oficial. Por favor, respóndame pronto también en relación a ese punto.

Muchos saludos a su señora, recordándolo con verdaderos sentimientos de amistad,

Ernesto Grassi

c- Carta de Grassi a Astrada

Centro Italiano di Studi Umanistici e Filosofici.  
Munich 14 de mayo de 1950.

Querido Astrada,

¿Por qué ese silencio? Estoy muy triste porque le he enviado mi texto y el de Uexküll y no he recibido ninguna respuesta suya al respecto. El propósito de la publicación en su revista es sobre todo permanecer en contacto en cuestiones de la materia, y me gustaría mucho conocer su punto de vista, como también sería importante para Uexküll saber si

su texto le interesa. ¿Será que se ha perdido una carta? Por favor, recuerde siempre escribir cartas certificadas.

Hay rumores de que su esposa viene a Europa, y en mi última carta le decía que me encuentro por supuesto a su disposición y que nos alegraríamos mucho de que ella nos visite en Florencia al fin del semestre, es decir, a finales de julio. Pero tal vez también usted necesite ayuda para su viaje a Alemania. Por favor, ¡hágamelo saber!

Hace unos días Heidegger dio una conferencia sobre "la cosa". Sí, he hablado con él de usted, le conté que usted y su revista serían realmente lo más importante de toda Sudamérica y él me ha pedido que lo salude en repetidas oportunidades.

Una pregunta más: me gustaría tener el manuscrito de la ponencia sobre el arte que Guerrero dio en el congreso, pero con las partes complementarias que no fueron nombradas en ese momento. Quisiera ver si se puede publicar en alemán. Ya que Guerrero no contesta, ¿me podría usted mandar el manuscrito?

Saludos afectuosos a su señora y a los amigos de Buenos Aires,

Ernesto Grassi

d- Carta de Landgrebe a Astrada

Kitzeberg (Kiel), 8 de abril de 1952

Mi querido y distinguido colega!

De las hermosas semanas que hemos pasado juntos en Mendoza y Buenos Aires ya han pasado tres años. Pero todavía me acuerdo con gran alegría de ese tiempo y la magnífica hospitalidad de la que pudimos disfrutar allí. En ese momento le prometí enviarle una contribución para sus *Cuadernos* y me pongo de nuevo en contacto para poder cumplir esa promesa. Es que al lado de las tareas normales de docente, estuve tan exigido con la culminación de un libro *Philosophie der Gegenwart*, que no pude tomar ningún otro trabajo que me permitiera cumplir con ese propósito. Tal vez pueda utilizar el artículo que le adjunto, apareció hace poco en la *Zeitschrift für philosophische Forschung*. El editor de la revista estaría de acuerdo, siempre que el artículo apareciera traducido al español. Por supuesto, tómelo como una propuesta sin com-

promiso, ya que no sé si el artículo puede interesar.

Entre nosotros en Alemania la vida ha vuelto nuevamente a la normalidad, aunque el lujo que a menudo se manifiesta es una fachada detrás de la cual aún se oculta cierta necesidad. Pero la gran masa de la población vive en todo no peor que antes de la guerra. El interés por las cosas intelectuales ha sido muy dejado de lado desde la estabilización de las condiciones. Vivimos en un período de restauración, fenómeno europeo en general, y cierta despreocupación de las bases intelectuales de la vida que es para tales tiempos característica, se manifiesta en sentido contrario en lo atinente a la situación política. En esas condiciones, no son tiempos del todo buenos para un filósofo.

Con gran interés sigo la rica abundancia de publicaciones filosóficas de su país que la Universidad tiene la amabilidad de enviar regularmente. Me tomo el atrevimiento de adjuntar el comprobante de recibo del último envío y pedirle que lo mande a quien corresponda. Cuando tenga tiempo, me alegraría mucho volver a escuchar algo sobre sus nuevos trabajos. Encontrará en mi nuevo libro lo que ocupó mi pensamiento los últimos tiempos, se lo mandaré ni bien salga, espero pronto.

Recomiéndeme a su esposa con mis mejores augurios.

Ludwig Landgrebe

La etapa actual del último Heidegger

¿“Qué significa pensar”?

e- Carta de Friburgo (Alemania)

Por Carlos Astrada

Los viernes a las cinco de la tarde, hora de la Vorlesung semanal de Heidegger en la ya famosa aula número uno de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Friburgo, en Brisgovia, constituyen todo un acontecimiento intelectual. Dicha aula, con una capacidad de 900 personas sentadas y de 1.000 con las que escuchan de pie y las que se arraciman en torno a la cátedra, totalmente repleta, y dos aulas más, con capacidad para 800 y 700 oyentes, respectivamente, también llenas y con oyentes de pie, a las que se transmite por el micrófono desde el aula número uno la conferencia magistral, es el auditorio que

escucha la palabra de Heidegger. Es un problema conseguir asiento cuando no se dispone de alguno de los pocos reservados por el filósofo para los íntimos de su círculo. Una hora antes comienza ya la afluencia del público.

Este semestre, como el anterior y como sucederá en el próximo de invierno (1952-1953) dicta sobre el tema *¿Was heisst Denken?*, ¿qué significa pensar? La tarea que se ha propuesto y viene cumpliendo el autor de *Sein und Zeit* es explicar primero cada una de las partes que integran la estructura de la pregunta, por su alcance supuesto conocido, de tanta gravitación mental, y, por su aparente simplicidad, tan compleja en lo que atañe a lo especulativo y a lo histórico-filosófico. A través del pensar y en dirección al ser corre la línea de embestida, en la etapa actual, del propio pensar del último filósofo genial de Occidente. Su palabra, de difícil claridad, abre interrogantes, rectifica sólitamente interpretaciones y reserva como es de imaginar, para la gran mayoría de los oyentes, aporías que se le escapan. Y ciertamente, la cuestión que aflora en seguida es la de si en ese enorme auditorio heterogéneo, de estudiantes y de público extra-universitario, hay realmente un diez por ciento capacitado y con preparación histórico-filosófica para seguir la disertación de Heidegger, captando más allá de su técnica expresiva (Heidegger es un gran expositor) su verdadero sentido y alcance. Si es así ¿qué espera, pues, de su palabra, el restante noventa por ciento del público oyente? Y no cabe decir que este público no “comprenda” a Heidegger, ya que comprensión no es sólo la intelectual y apta para el discrimen crítico. Hay que tener presente que el ambiente que crea la *Vorlesung* es el de una tónica emocional de la que todos participan. La mayoría busca en la lección magistral un indicio que le haga sospechar algo del ser, ya que, para Heidegger el pensar es pensar del ser, “así como las nubes son nubes del cielo”. Hoy, para el hombre europeo capaz de inquietud y también para el de otras latitudes, sea que él adopte una lúcida actitud intelectual o una adivinatoria de carácter emocional, es cuestión del ser y de la existencia.

También en las dos primeras décadas de nuestra centuria un gran público, en parte mundano, llenaba el aula del *College de France* en que disertaba sobre la filosofía de la vida Henri Bergson. *La vie*, en la palabra de Bergson, cobró prestigio mágico, un alucinante timbre áureo. La gente sentía la necesidad, aguijoneada por su inquietud, de adentrarse intuitivamente en la onda de la vida, estilizada en la *durée*, el aporte bergsoniano que debeló al determinismo mecanicista. Es que la filosofía -dicho sea con todo respeto- es para el mundo y la vida. Hay épocas, las de crisis, en que ella se aproxima a la realidad. Su sombra abandona el plano en que, como tal, fue sistematizada por el pensamiento abstracto, y hace su aparición de cuerpo presente en el dominio de la vida,

de la existencia, del mundo humano. Entonces se percibe bien que ella, a pesar de su escolaridad técnica, es filosofía de la vida y para la vida.

¿Qué significa pensar, en concepto de Heidegger? Éste nos dice que para saberlo aproximadamente debemos estar prestos a aprender a pensar; pero tan pronto como nos entregamos a este aprendizaje tenemos que reconocer que aún no somos capaces de pensar. Tenemos sin duda la posibilidad de pensar (por cuanto el hombre es, por definición, el ser que puede pensar), pero este “posible” en que nos amparamos no nos garantiza que podamos hacerlo.

El hombre, como ser viviente racional tiene que poder pensar, si él quiere. Quizá el hombre quiere pensar y, sin embargo, no puede. En última instancia, a base de éste su querer pensar quiere demasiado y puede, por lo tanto, demasiado poco. Verdaderamente sólo queremos aquello que antes por sí mismo nos quiere en nuestra esencia, en tanto que se inclina a ésta. Esto que se inclina a nuestra esencia nos mantiene en ésta mientras nosotros conservamos eso mismo que nos mantiene. Pero sólo lo conservamos en la medida que no lo dejamos escapar de la memoria. Entonces es la memoria lo que recoge el pensar para aquello que nos mantiene en nuestra esencia en cuanto que, al mismo tiempo, es lo pensado en nosotros. Esto, por ser lo originario, es lo que hay que tener presente. Sólo cuando estamos capacitados para lo que hay que tener presente, lo que en sí es lo reflexionante, podemos pensar. Lo que hay que tener presente, y en nosotros piensa es, según Heidegger, el ser. Para alcanzar aquella capacitación tenemos nosotros, por nuestra parte, que aprender a pensar.

Lo que hay que tener presente, en lo que hay que pensar, puesto que el hombre está menesteroso de ello, es lo crítico, lo riesgoso, lo grave. Lo más crítico en nuestra época crítica y de riesgo es que nosotros no pensamos aún, no obstante que el estado del mundo se torna cada vez más crítico. Aparentemente esta situación exige, antes, que el hombre obre en lugar de hablar tanto en Conferencias y Congresos, terminando por moverse en un puro idear acerca de lo que debía ser y cómo debería llevarse a cabo. En consecuencia, el déficit estaría en el obrar y de ningún modo en el pensar. Heidegger, contrariamente, opina que hasta ahora el hombre, desde hace ya siglos, ha obrado demasiado, pero ha pensado muy poco. Todo lo que aduce sobre el pensar no tiene, según lo previene, nada que ver con la ciencia. El pensar a que él se refiere -pensar primario- describe su movimiento al margen y por encima de la ciencia. Lo que de ésta nos dice, incidental, pero incisivamente, es harto sugestivo y como a propósito para inquietar, lo que buena falta les hace, a los epistemólogos. “La ciencia no piensa”. Y no piensa porque,



conforme a sus procedimientos y medios auxiliares jamás puede pensar, a saber según la manera en que el pensador piensa. Pero que la ciencia no piense no es un defecto suyo, sino una ventaja. Esto le permite alojarse en el objeto que ha acotado y hecho emerger su investigación. Su comportamiento será predominante operativo. Según Heidegger, la relación de la ciencia con el pensar será fecunda y legítima cuando el abismo que existe entre las ciencias y el pensar se torne visible, y ciertamente como uno insuperable. Cabe, pues, extraer la consecuencia de que si el hombre ha obrado demasiado ha sido porque las ciencias han tenido la primacía, constituyendo su preocupación dominante.

El pensar es un estar en camino; es un constante tránsito, hacia lo que se dirige el hombre en el pensar, en su constante estar en marcha, es hacia el ser. Si realmente piensa, ha de pensar el ser, que es de donde proviene el impulso que hace que el pensar sea un estar siempre en camino a... . En definitiva es el ser el que piensa en el hombre, y el que habla en su lenguaje. El ser es el adviniente y el hombre es el viandante que, en el elemento del pensar, va a su encuentro, sin que éste se produzca puesto que el pensar siempre es un estar en marcha. Lo único que cabe esperar es que el ser advenga al hombre, a su visión, cuando esto suceda por destinación del ser mismo. Entonces comenzaría, según Heidegger, una mutación en la esencia del hombre, que dejaría así de ser el animal *metaphysicum*.

En las clases que nos fue dable escucharle, Heidegger explicitó el carácter del pensar como un estar en camino a..., con una penetración que sacaba a luz lo mismo que el buzo que vuelve de una profundidad oceánica con el tesoro de un naufragio, magníficos hallazgos. (¿Y qué otra cosa es para él el pensamiento clásico griego, reducido a *techné* y tabulado en disciplinas, que los restos de un naufragio en que el oro de ley, el significado esencial del aporte originario de los presocráticos, de un Parménides, de un Heráclito, se ha perdido, ha sido olvidado?). Hizo un análisis en pos de una nueva interpretación, muy suya, del comienzo del fragmento 6 de Parménides (Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker*. I Bd., pág. 153, 4ª ed.). Éste reza: “Esto es necesario decir y pensar, que el ente es”. Heidegger empieza, para descifrar en su sentido lo que se oculta en el poema parmenídeo bajo significaciones idiomáticas incipientes, por establecer lo que sería la verdadera puntuación de la frase: “Esto es necesario” (punto y coma) “decir y pensar” (punto y coma) “que” (punto y coma) “sólo el ser es”. Una posible transcripción conceptual de la sentencia tal como la presenta Heidegger sería la siguiente: “El ser es necesario, sólo el ser es, y “que” suscita el decir y el pensar”. Claro que los filólogos no estarán de acuerdo con esta interpretación de Heidegger, como tampoco con otras, tal como la de la sentencia de Anaximandro (Holzwege, pág. 296). Cada punto y coma que introdu-

ce en aquélla los hará dar un brinco. Pero no sobreestimemos a los filólogos, máxime si tenemos presente la opinión que Nietzsche (que bien conocía a sus colegas) nos da de ellos (*Wir die Philologen*), sobre todo en lo que respecta a su falta de aptitud para desenrañar lo simbólico, que es el ropaje del pensamiento antiguo, sobre todo del presocrático.

Con relación a Parménides, Heráclito, etc., Heidegger pone en entredicho la designación de presocráticos. Considera que, con referencia a éstos, hablar de presocráticos implica erróneamente subestimación. Llamar a Parménides presocrático es lo mismo que llamar a Kant prehegeliano. Desde el punto de vista formal la comparación es atrayente; aunque discutible. Ciertamente, para un hegeliano, Hegel sería la superación de la postura de Kant, el desarrollo pleno de lo que en este último habría estado germinalmente. No obstante, esta apreciación es objetable por cuanto en Hegel, dentro del marco de los sistemas del idealismo alemán postkantiano, culmina un desarrollo metafísico, que no tiene su arranque en Kant, y la problemática que infiere Hegel en *Phänomenologie des Geistes*, que es lo más viviente del aporte hegeliano, es ajena al pensamiento de Kant. Por lo demás, con igual criterio podría considerarse a éste como prefichteano o preschellingiano. Mas lo efectivo es que a todos los filósofos del idealismo alemán, a partir de Fichte, se los llama postkantianos y con razón, no para situarlos cronológicamente, sino porque el filosofar de todos ellos arranca de la posición kantiana. De modo que toda la constelación del idealismo alemán es filosofía -y gran filosofía- postkantiana. En cambio, la filosofía prekantiana se parece mucho a la prefilosofía, prolongado "sueño dogmático". En cuanto al ulterior desarrollo que los filósofos del idealismo alemán imprimen, en más de un aspecto importante, a la posición kantiana, y también en lo tocante a algunas de las consecuencias más radicales que de ésta derivan (intuición intelectual en Fichte, aprioridad trascendental de la naturaleza en Schelling), todo eso está genialmente bosquejado y en gran parte explicitado por el Kant de *Opus Postumum*. Y aún suponiendo que ésta se hubiese perdido, todos estos pensadores continuarían siendo postkantianos porque su filosofar ha quedado aferrado en el movimiento del giro copernicano del pensamiento de Kant. Todavía más, si la *Crítica de la razón pura* se hubiese perdido y sólo nos quedasen los escritos del Kant pre-crítico, los sistemas del idealismo alemán, a partir de Fichte, no serían concebibles.

Con relación al problema que suscita el cotejo polémico de Heidegger, se puede pensar disintiendo con su valoración de Parménides, que el problema del ser inaugurado por él recién encuentra en Aristóteles y Platón su verdadera dimensión y altitud de desarrollo filosófico. En Parménides prelude el tema de la ontología, surge la doctrina del ser

según Nietzsche (*Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen*). Sería, la suya, la incipiente visión del problema. Pero si, como pretende Heidegger, en Parménides no sólo está el germen, sino también la flor y el fruto, entonces no cabe ciertamente llamar a Parménides presocrático. En este caso a los filósofos socráticos y postsocráticos habría que considerarlos postparmenídeos.

Empero es el caso que entre el pre y el post, o más allá de ellos, la cuestión fundamental es la del ser y correlativamente la del pensar, sobre los cuales Heidegger continuó disertando, llevado por la magnífica dinámica de su pensar. Al terminar la última lección que nos fue dable escucharle, salimos trabajados por la idea de que la mente más potente y mejor organizada de la filosofía contemporánea estaba lanzada íntegra a la conquista de la posición última, sin resguardo para un retroceso, y que el último Heidegger era el símbolo de la ultimidad del pensar... europeo.

Friburgo, junio 30 de 1952.

# Encrucijadas

Las encrucijadas que presentamos, esa forma que hemos propuesto para entrecruzar impresiones, inquinas, afecciones, en torno a obras que entendemos de valor, esta vez parecen unirse en los modos de mediar ante el exceso, lo brutal. El *¿Qué es esto?* de Martínez Estrada y *Bajo este sol tremendo* de Busqued, en los intercambios que reproducimos a continuación, emergen como obras con las que hay que lidiar, revulsivas, imposibles, que se entremeten con excrecencias vitales, puntos nodales, que otorgan alguna huella del cómo pensar-sentir-decir contemporáneo.

Martín Cristal le escribe a Carlos Busqued sobre ese cross de mandíbula que es la primera novela de este último. *Bajo este sol tremendo* (2009) es para Cristal (además de la mejor novela que leyó en el último tiempo) una inmejorable forma de indagar sobre los vínculos entre la violencia, la moral, la animalidad/humanidad, y sobre todo, sobre el cómo narrarlos. Busqued le responde con abismada coloquialidad desde sus obsesiones de aeromodelista, de lector más evasivo que reflexivo, y desde su travieso y áspero darwinismo social: "Toda la economía calórica y sentimental del ser humano va por la misma bicisenda de la historia de la naturaleza, aunque con un montón de firuletes de adorno y diferentes niveles de intensidad".

Matías Rodeiro nos escribe una carta ante un pedido que le inquieta: por qué, se pregunta, desenterrar (hoy) el *¿Qué es esto?* (1956) de Ezequiel Martínez Estrada. "Es un libro imposible, casi ilegible, quizás hasta risible... Lo leo hoy (ahora) en medio del odio que se insinúa por todas partes y sacude las entrañas del habla política y cotidiana... Entonces hay algo... el peronismo". De Jauretche a Sarlo, de Viñas a Aníbal Fernández, nuestro amigo explorará atormentado los reverberancias (¿las invariencias?) de ese libro (ese "panfleto de injurias y calumnias") en nuestro presente, de "pueblo del himno", y de cristalizaciones cotidianas que actualizan perturbadoramente las "excrecencias" que Estrada destilaba en su famoso libelo.

Así, lo brutal de violencias trivializadas, a-moralizadas, como si fueran parte del natural flujo-de-tracto-intestinal, asociado al de la injuria infame ante un "esto" innombrable del magno ensayista radiografista. Inesperados, espectrales vínculos que Cristal, Busqued y Rodeiro, pero también Kubrick, el axolote y Estrada, entrelazados, hacen emerger -más allá de sus voluntades- sintomáticos, en éstas, nuestras segundas encrucijadas epistolares.

a- Cristal a Busqued en torno a *Bajo este sol tremendo*.

Córdoba, junio de 2011

Hola, Carlos:

¿Cómo va? Supongo que sabés que en Córdoba se te lee un poco como a un escritor cordobés, por el tiempo que viviste por acá y también por esa parte importante de *Bajo este sol tremendo* que transcurre en nuestra ciudad. Leí tu novela apenas salió, en 2009; fue de lo mejor que leí ese año (de esto dejé constancia en mi blog). Una historia potente, con gran impacto. Claro que fue muy difícil leerla sustrayéndome de la chapa de su publicación en Anagrama y todo eso. Cuando *En ciernes/Epistolarias* me invitó a escribirte, aproveché para releerla con un poco más de distancia. Viste cómo es: hay “anécdotas de publicación” que pechan tanto como el libro en sí, más allá de que el libro esté bueno de verdad (un caso paradigmático podría ser el de John Kennedy Toole y *La conjura de los necios*).

Tu novela extrema lo inhóspito del mundo. Es impiadosa, una exposición de la violencia sin moralina, enseñanza o comentario ético alguno. Hasta aquí, nada nuevo bajo este sol (tremendo), visto que ya se ha hablado mucho de la amoralidad de tus personajes. En esa discusión, aportaría que Cetarti y Danielito sí me parecen amorales, pero que a Duarte lo veo más cerca de la inmoralidad. Duarte sabe mejor a qué juega y qué leyes desafía con sus actos. Los otros, hundidos en una abulia constante que los exime de toda reflexión, no se reconocen a sí mismos como rebelados contra (o ajenos a) un sistema reglado. Duarte, en algunos momentos, sí: por ejemplo, el primer curro que propone consiste en “dibujarla” ante la obra social de la Fuerza Aérea, es decir, ante un subsistema de un sistema de reglas al que él pertenece. Quizás en otros crímenes suyos esto sea menos evidente.

Más allá de esta sutileza, los reúne la crueldad de un universo narrativo en el que no se explicita una lucha contra demonios internos o presiones externas; no hay justificaciones freudianas o patológicas; no hay construcciones ideológicas -por retorcidas que pudieran ser- para avalar la violencia. No hay bajadas de línea ni búsqueda de redención ni, en lo argumental, un “proceso completado de cambio”: Cetarti no sale transformado por la historia que le ha tocado vivir (es más: puede decirse que, al final, es el azar el que toma las decisiones por él). Alguien señaló que *El extranjero* es un antecedente de tu novela, por ese protagonista anestesiado, por esa manifiesta indiferencia ante una madre muerta, por esa forma de quedar a la deriva y a las puertas del crimen. Es cierto, con una salvedad: en las últimas páginas del libro de Camus, el imperturbable Meursault sí llega a razonar con lucidez sus actos, su vida y su próximo destino. En cambio, Cetarti, de lucidez, nada: el porro y la “conducta desmotivante” lo borronan todo el tiempo.

Con todo esto quiero decir que una de las cosas que más impacta de la novela es que no aparezcan segundas intenciones narrativas detrás de su crueldad implacable, al contrario de otras obras, famosas por su violencia, en las que sí se dejan ver esas segundas intenciones. *La naranja mecánica*, por ejemplo, sí nos da un mensaje explícito: la elección moral -aun optando por el mal- es lo que nos

hace libres y, por ende, humanos. Por violentas que puedan ser las escenas del libro -recubiertas, en el recuerdo, por las imágenes de Kubrick-, esa intención última termina apareciendo con claridad; por otra parte, la genial estilización del lenguaje distancia al lector de esa violencia narrada. Dice Burgess (en un prólogo de 1986): "No es misión del novelista predicar, sino mostrar. Yo he mostrado suficiente, aunque a veces lo oculta la cortina de un idioma inventado; otro aspecto de mi cobardía". El nadsat, una versión rusificada del inglés, fue concebido para amortiguar la cruda respuesta que se espera de la pornografía. Convierte el libro en una aventura lingüística.

Tu prosa se aparta deliberadamente de "aventuras" así. Pero antes de hablar de eso, quiero traer otro ejemplo de ficción violenta. En *American Psycho*, Bret Easton Ellis se basa en dos elecciones narrativas capitales: la primera persona y el tiempo presente, combinación ideal para narrar lo impredecible de un asesino psicópata (más tarde -qué desilusión- Ellis siguió usando esta forma para otras obras donde, a mi juicio, ya no es tan pertinente). Si se atraviesan todas las capas de violencia escalonadas en el texto -cosa que muchos lectores no soportan-, se descubre el "objetivo" velado: cuestionar la noción de éxito en los Estados Unidos, su consumismo y, sobre todo, la relación directamente proporcional que el sistema norteamericano establece entre el capital moral de una persona y su capital a secas. Entre otras razones, a Patrick Bateman no lo pescan nunca porque, en una sociedad así, un joven millonario de Wall Street no puede ser además un asesino desquiciado sin parámetros morales.

Si se piensa la construcción de ficciones como la de Ellis, se ve que es posible aumentar el diámetro de la depravación prácticamente hasta el infinito. La violencia y la crueldad humanas no tienen límites exteriores, lo cual permite forzar el verosímil de su eventual relato. Rumbo a esa órbita inalcanzable, todo es posible: el personaje viola / o viola y mata / o viola, mata y despedaza / o viola, mata, despedaza y come / o viola, mata, despedaza y obliga a comer a otros / etcétera. Si se trata de mostrar crueldad pura y nada más, podés no parar nunca, al menos hasta llegar al límite de lo inefable, que no es el límite del mal, sino el del lenguaje (en la revista *Diccionario* Nº 8, en la cual participaste, hay un ensayo muy interesante de Demian Orosz que toca este tema). Así va escalando Ellis la violencia en su novela; y así también llega Apollinaire, en *Las once mil vergas*, a una de las escenas más violentas que he leído en mi vida: a punta de pistola, un padre es obligado a violar a su bebida mientras la madre es forzada a verlo. Son apenas unas cuantas líneas, un pasaje más dentro de un catálogo pornográfico que (menos en esa página) incluso puede leerse desde el humor. Lo que estremece no es sólo la situación en sí, sino también el hecho de que Apollinaire no parezca tener ningún motivo para narrarla, excepto ése: narrarla.

De esa condición ilimitada del mal proviene una curiosidad como la que declara Duarte respecto de las películas porno que colecciona: no las tiene para hacerse la paja, sino para ver "hasta dónde puede llegar la especie humana". En la ficción se puede asistir a un muestrario dantesco de horrores sin dañar nuestra integridad física: el dolor no toca la piel del hombre concreto que lee o mira la pantalla. Creo que el morbo -que todos tenemos, en mayor o menor grado- es un motor de lectura para algunas partes de tu novela. Un morbo cercano al de *Como un guante de seda forjado en hierro*, pero sin esos condimentos lyncheanos con los que Clowes enrarece su historietita; algo

quizás más cercano a los “secretos en el sótano” que hay en *Pulp Fiction* (“bring out the gimps”, etc.), aunque sin los mecanismos de citas y parodias ni el humor con los que Tarantino estiliza su relato para distanciarnos de la acción violenta.

Esto del morbo-motor me lleva a uno de los efectos secundarios de la relectura (que conecta con Burgess y lo del estilo). Tu novela es notablemente sólida en lo argumental. Está 100% centrada en las acciones. La relectura me devolvió a esos hechos terribles, pero -con la trama ya sabida- éstos ya no me ofrecieron la tensión (el morbo) de ir descubriéndolos a medida que se sucedían. Cierto: esto pasa con el argumento de cualquier libro, pero una relectura también puede ofrecer el repaso del estilo como renovador del goce. Te soy franco: a mi placer de lector le costó encontrarse con la prosa de *Bajo este sol tremendo* en la segunda lectura, salvo quizás en las descripciones de la casa del hermano de Cetarti o en algún pasaje sobre animales. Igual, me imagino que para vos esto es accesorio o irrelevante.

En toda violencia hay cierta dosis de inmadurez, de evolución no resuelta: una bestialidad inalterada o parcialmente vigente, un animal que insiste en su brutalidad y no logra “civilizarse”. Ahí es donde en tu novela encastran a la perfección las relaciones abiertas que establecés con el mundo animal: nos interpelan porque nunca nos hemos alejado mucho de ese animal planet. Aprovecho para contarte de una novela que escribí hace algunos años -Las ostras, todavía inédita- donde intercalo citas sobre animales tomadas de un viejo libro de divulgación científica. No es la enciclopedia de Cousteau, pero también se llama *Misterios del mar* (!) y -otra coincidencia- lo encontré en un depósito de antigüedades que tenía mi papá, un lugar muy oscuro y lleno de cachivaches, un poco como la casa del hermano de Cetarti.

En plan de coincidencias, y vistas otras cosas tuyas en la web, te cuento que me gusta la música de Frank Zappa; que el único avión a escala que tuve fue un biplano ruso -un Polikarpov- que nunca terminé de armar; y que también tuve un axolote, pero de los blancos. Se llamaba Julius y murió medio hervido en un accidente que te voy a contar mejor si nos vemos alguna vez.

Te mando un abrazo.  
Martín Cristal

b- Busqued a Cristal

Cómo vas Martín, contesto la carta de atrás para adelante.

Probablemente el biplano Polikarpov que tenés o tenías, es uno que fue conocido como “chato” en la Guerra Civil Española, yo justo tengo pendiente de armar un sucesor monoplaneado de ese modelo: el Polikarpov I-16, que también combatió en la Guerra Civil y en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial. El kit trae dos juegos de insignias (soviéticas y españolas de la República, pienso usar las últimas). Está en escala 1/48 y me lo regaló mi hermana para la última

navidad, y todavía no encaré armarlo. Lo último que armé fue un Mig 17. Me gustan los aviones soviéticos. Una vez leí que el criterio de diseño aeronáutico ruso consistía en “quitarles la gracia y dejarles la fuerza” a sus aparatos. La obediencia a ese criterio ha dado lugar a una hermosa serie de artefactos potentes y gloriosamente feos, muy interesantes para contemplar y replicar en detalle. Tengo un Mig 3, un Mig 31, y ahora el 17 que mencioné antes. Cuando vivía en Córdoba tenía un Mig 21 y un helicóptero Kamov de combate, todos en escala 1/72.

Mi axolote viene soportando mi compañía hace casi un año, y la verdad que pese a lo mínimo de sus actividades (o tal vez debido a ello), es muy entretenido de observar. Lamento no haber conocido mejor a estos bichos durante la escritura de la novela, hubiera podido agregar unas cuantas cosas a la relación de Cetarti y su axolote. Dicen que llegan a vivir entre 25 y 40 años, debe ser la calma con que se toman las cosas. Le hice una pequeña cueva con piedras y se pasa encerrado ahí la mayor parte del tiempo. Sale únicamente cuando tiene hambre o el agua no está en buenas condiciones. Sin el hambre o la incomodidad, su existencia consiste en estar encerrado. Algo que yo sería feliz si pudiera lograr. No le puse nombre porque me dijeron que no se reproducen en cautiverio, sino que los traen directamente de no sé qué laguna volcánica de Xochimilco. Quiero decir, considero que es un animal secuestrado de su origen y traído a miles de kilómetros de distancia y que tuvo la pésima suerte de depender de mí. Así que no le pongo nombre porque no lo considero de mi propiedad, sino a mi cuidado. Medio que es una cuestión de respeto.

Por lo que decís de la novelita:

Con respecto al tema del “estilo” mh, la verdad no es que no me importe, para el individuo siempre está mejor que le digan que es perfecto, admirable o similar. Pero bueno, la única verdad es la realidad. La elección de esta manera de narrar obedece a mis preferencias y motivaciones como lector. Yo tomo whisky para emborracharme, no para apreciar el sabor y esas pelotudeces. Si está rico, mejor, pero si es un whisky de 15 mangos y pega y no hay otra cosa, bueno, le doy lo mismo. En el mismo sentido, leo única y exclusivamente para evadirme, porque la realidad no me gusta nada y cualquier cosa que me saque de ella, me sirve. En el camino de esa evasión, es cierto, te encontrás con cosas de mucha calidad. Pero nunca leo para “apreciar la prosa” del que escribe. En general prefiero al narrador que no interfiere con la acción, me gusta esa discreción. Esto tiene que ver con lo de evadirse. Un narrador que cuenta concreto y simple, que te lleva de la nariz por la historia, produce un efecto parecido a ver una película, un narrador complicado, que hace digresiones y agrega sus “pensamientos” es como si pagaras la entrada de cine y en vez de película no hay película, viene un tipo que te cuenta la película. Y sabemos que en general, los tipos que te cuentan las películas son unos plomos bárbaros. De ahí mi elección. Sumado a una cuestión de eficacia: cuanto más simple es un mecanismo, menores son las posibilidades de una falla. Sé que es bastante pobre pero bueno, no me da para agregarle rebusques y vueltas raras.

Esta novela la releí del libro (en parte porque no podía creer que estuviera publicada) y por momentos me quería cortar las bolas por cosas que están directamente mal escritas. Siempre me acuerdo de “la iluminación malignamente potente del sol”. No, guanaco, es ¡“maligna y potente”!, o



cualquier otra cosa pero que no suene tan feo como "malignamente potente". Hay otras, también, no es ésa sola.

Los animales existen porque me gustan y porque son interesantes, la especie humana no necesita paralelismo con animales para que nos demos cuenta de que es tan despiadada como cualquier cosa existente. Para mí fue muy importante la lectura del libro *El gen egoísta* de Richard Dawkins. Hay un relato del comienzo de la vida que es fascinante, el relato va del proto canibalismo en las primeras moléculas estables en la sopa primordial, a la generación de organismos complejos como "máquinas de supervivencia" para un puñado de aminoácidos. Y desde entonces las reglas no han cambiado nada. Hace poco, leí sobre unos campesinos que en 1988 quisieron escapar de Vietnam en un barco. Se les rompió el motor y después de dos meses a la deriva, empezaron a comerse entre ellos. Eran campesinos, buena gente, y tuvieron que elegir comerse a algunos porque sino morían todos. No se les puede criticar nada, es un procedimiento doloroso pero natural. Y el criterio de selección de las víctimas a ser comidas era el mismo de cualquier momento de la historia de la naturaleza. Según el relato de uno de los sobrevivientes, se seleccionaba "primero a los más débiles, y después a los que estaban solos". Toda la economía calórica y sentimental del ser humano va por la misma bica, aunque con un montón de firuletes de adorno y diferentes niveles de intensidad.

Y no hay "mal" porque no hay "bien". Si el tigre se come al venado, o si el venado escapa y el tigre muere de hambre, el universo sigue girando. Y eso es lo único que hay en el centro de la cebolla de la existencia.

*Como un guante de seda...* está muy bien, no sé en qué medida lo afané, pero algo saqué de ahí seguro. Clowes tiene algunas cosas bastante fallidas, pero ésa y *Ghost World* son una MARAVILLA. Me gustó en su momento *American Psycho*, pero no sé si volvería a leerlo. Leí *Menos que cero* y me pareció una bosta. Ja Ja son opiniones nomás, los tipos viven de su obra y yo soy un pelotudo que tiene que remarla, no soy nadie para criticar.

Mh, no sé qué decirte de lo de Kubrick, estoy de acuerdo en mostrar y no predicar. No sé a dónde iba con el nadsat, no creo que sea una aventura lingüística, pero lo cierto es que después de leerlo estuve usando palabras del nadsat un rato largo, y todavía me acuerdo algunas. *Yarbochos, drugos*. Eso debe querer decir algo.

Ja Ja, ¿quién te dice que Cetarti no es lúcido?, sólo un tipo que ve puede querer nublarse la vista. Por lo que te decía antes yo no hablaría de moral, sino de capacidad de adaptación al orden natural. Duarte es un predador, es la clase de gente que "quiere algo y lo consigue", alguien que se las arregla para sacarle cosas al mundo. Danielito y Cetarti son más bien tipos atropellados por los acontecimientos, ellos no se las arreglan tan bien con el mundo como Duarte. Por eso me caen más simpáticos, me siento más cerca de ellos.

En fin, es complicado decir qué cosa es un escritor cordobés más allá de lo geográfico, y desde

allí claro que estoy adentro del concepto, los años que viví en Córdoba fueron más que intensos y todavía vuelvo todos los meses, así que si me molestara estaría negando algo.

Bueno Martín, gran abrazo, ¡espero que haya servido de algo!

Carlos

c- Rodeiro sobre *¿Qué es esto?* de Ezequiel Martínez Estrada.

26 de Julio de 2011

Estimados compañeros de En Ciernes:

Aquí me encuentro, apremiado por responderles a su amistoso convite, reabrir el *¿Qué es esto?* de Ezequiel Martínez Estrada y aceptar el difícil juego de cartas que proponen, en busca de otro modo de dar la palabra. Entonces, responder al llamado y exponerse, porque escribir, aunque sea una carta a los amigos, será siempre salir de sí; pareciera que no hay cartas ni escrituras privadas, inclusive más allá de los Max Brod o los leakymails. El secreto -y quizás el pensar- sólo se salva solo, en el silencio.

Vayamos al punto, reabrimos el *¿Qué es esto?*, lo hojeamos unos minutos, lo rememoramos otros tantos, y en la carta escribimos: un libro de mierda. El detritus del magno ensayista, de la radiografía que va al hueso y de la cumbre de la crítica con *Muerte y transfiguración...* al microscopio que se encarga de la coprología. De la catarsis a la purga.

¿Qué hacer con el "¿Qué es esto?" Es un libro imposible, casi ilegible, quizás hasta risible. ¿Habrá que tomárselo en serio como Jauretche y Sebrelli? Pero intento, tengo que responderles algo más o menos serio, eso creo y siento, por aquello de que no hay cartas privadas y sobre todo por el respeto y la conmoción que me produjo la primera *En ciernes*; vaya entonces por honrar la respuesta. Pruebo y especulo, quizás la posibilidad de su relectura se abra a partir de elevar la pregunta al cuadrado, frente al *¿Qué es esto?* retrucar ¿qué es esto?

Vamos por ahí. Intento, lo abro, paso entre mis manos una edición amarillenta de Lautaro, la primera, de julio de 1956. Era de un tío abuelo que falleció hace unos pocos días, cerca de los cien años. Me lo regaló hará cosa de una década cuando yo cursaba la facultad con varios de ustedes. En la página de guarda tiene un sellito con el nombre de mi tío y creo recordar que me manifestó cierta simpatía y empatía cuando lo leyó por aquellos días. Mi tío, casi cien años, el libro es del '56, está algo ajado, pero pienso que no nos separa de aquella publicación -y de su lectura empática- ni siquiera media vida de mi tío que hasta alcanzó a dármele en mano, cuando le comentaba las cosas que leíamos en una materia de la facultad de sociales.

Transcurridos esos diez años de su primera lectura, hecha en el conjunto del entusiasmo de las

serie de lecturas que lo rodeaban y del descubrimiento de Martínez Estrada, hoy no puedo. Intento releerlo en serio pero apenas oteo algunos títulos y epígrafes y, con algo de cinismo, sonrío. Parecen frases para una caricatura de Capusotto. Pero sigo, me concentro, recapacito, se dicen cosas graves, muy graves, en un momento muy grave de la Argentina, además no imagino una pizca de humor en su autor (quizás haya que intentar dárselo hoy, o quizás lo tenía y nos engañó a todos). Voy por lo serio pero no puedo, paso por las páginas y mis ojos saltan buscando aire por el hedor que emana. Decía, un libro de mierda, Martínez Estrada de la catarsis a la purga. Ahora bien, no alcanzo a percibir qué es lo que se purga. ¿Su tema, su autor, qué?

Entonces, hay algo, por lo menos eso que se purga. Ya me ensucié en sus páginas y entonces creo encontrar algo; coprología. Su fétido vaho nos trae algo hasta aquí, quizás los fantasmas que lo habitan y lo hacen hablar en lenguas sean demasiado familiares, humanos demasiado argentinos.

Hay algo. Y al releerlo hoy (ahora), con los diarios en la mano y con los midachis, los macris, las lilitas, los de la sotas, los pedrazas, los de narváez, los biondini, los duhaldes, los biolcatti en La Rural apropiándose de Sarmiento -aquel que puteaba con ganas a la “oligarquía con olor a bosta” y era numen de Martínez Estrada—, con las mieses de la abundancia y los “LCD para todos -y todas-”, con *Clarín* y los nietos, con el asco de Páez, con los pobres durmiendo en los canteros de la 9 de julio y con la Evita gigante de dos caras, esa cincelada por Santoro y Marmo, colgada en los muros del ex M.O.P. (aquel de la “renuncia histórica” frente a los descamisados, creo que aquel de la supuesta guarida de los fierros del Brujo, aquel que Menem quiso demoler, y éste en el que trabajé hasta hace poco, y en el que hoy, con entusiasmo, se pedía y se cantaba por la no renuncia, por la reelección). Hay algo. Lo leo hoy (ahora) en medio del odio que se insinúa por todas partes y sacude las entrañas del habla política y cotidiana. Flujo y reflujo. Entonces hay algo -y por eso ustedes, con mucho tino, habrán pensado en desenterrar este panfleto- el peronismo. ¿Será verdad aquello de los “invariantes históricos”? ¿Creen en eso?

Pero hoy no lo puedo leer, con sólo recordar que se publica en 1956, a menos de un año de “la caída”, ¿como festejo? Tampoco olvidar aquella carta de Martínez Estrada a Aramburu, en la que si bien le pedía decapitar la cabeza de Goliat, demoler Buenos Aires y trasladar la capital para regenerar la Argentina, se lo pedía a Aramburu, con los bombardeos a los transeúntes de la Plaza de Mayo aún humeantes y cargando los fusiles para ir de cacería a los basurales de José León Suárez, ahí nomás, en 1956; ¿profecía del odio?

Encastrado de sus páginas, algo asqueado, siento, que a pesar de todo... (¿se puede decir una frase semejante, así como si nada, y a pesar de todo seguir, continuar, hasta cuándo... abusaremos de nuestra paciencia? ¿Qué clase de lectura permitiría hacer y decir algo así sobre este panfleto de injurias y calumnias? ¿La dialéctica? ¿Será cómoda la dialéctica, tendrá algo del perdón y del olvido que reclama y sostiene al catolicismo, a la nación de Renan o a la nación del diario *La Nación*?), a pesar de todo... hay algo. ¿El “pueblo del himno” -que vuelve, volveremos-? Algo más, algo, quizás la pregunta por ¿dónde pararse para pensar-sentir-decir-vivir? Porque, qué es final-

mente lo que se expresa en ese libelo. A qué género pertenece, ¿sociología y Biblia?, ¿Catilinas?, ¿Hay allí pensamiento? Por ahora, llamémoslo así. Creemos que una dimensión de ese algo atrás del bosque de infamias, podría ser la pregunta por cómo ubicarse en él (pensamiento).

Clásico problema epistemológico, ético y político. Algunas posiciones, decir desde afuera, desde la objetividad del problema o de la realidad. Otra, sentirse ajeno, forastero, extranjero; el propio Martínez Estrada se enroló en la tradición de los "proscriptos", y más allá, exaltó la figura del que está fuera del rebaño, el que piensa solo, el que queda solo -y lo soporta- por soportar su verdad; y aún más allá, que sólo piensa el que está solo.

Algo más, algo de lo real concreto, ¿dónde pararse para pensar-sentir-decir-asumir-afirmar-negar el peronismo? Viejo tema (invariante) desde su irrupción, "entrismo", "salismo"; de FORJA al interior del movimiento -como continuidad y profundización de la sustancia-; del trotskismo a la médula del movimiento obrero para transformarlo en clase obrera -salto cualitativo de la sustancia-; de la familia gorila a la vida por Perón; del peronismo a la revolución socialista por adentro o saliendo y bien de afuera. "Caligramas del siglo XX" (¿del XXI... hasta cuándo...?), los llamó augen; los movimientos y las oscilaciones en el laberinto de la política argentina contemporánea.

Un autoproclamado intelectual argentino en un reciente debate realizado en la nueva sede de la facultad de Ciencias Sociales afirmaba de manera categórica que él había comprobado, supongo que a través del método científico, que había que salir, decir-hacer-vivir pero desde afuera, adentro no había nada vital.

A propósito, ¿desde dónde lo piensa-dice-vive Sarlo en su último libro?, pareciera que a su modo, sin tantas soflamas, lo dice y lo juzga desde afuera, no del afuera del "cientista" social, sino del afuera -del rebaño- estradiano. Aunque también confiesa cierta excitación cuando comparte el subte y el tren con el sudoroso y bullicioso pueblo militante de la (nueva) juventud camporista, en el viaje hacia el acto de Huracán.

Y está la otra decisión (o ¿será cuestión del destino?, porque también me pregunto si se puede entrar de manera voluntaria) o posición, decir desde adentro del gigante ¿invertido? y bancarse a sus guardianes, a sus troyanos y a sus detractores. Bancarse decir que Pedraza es un asesino y un traidor del movimiento obrero organizado, citando al Walsh de Rosendo y desde adentro de la CGT. O bancarse reeditar el *¿Qué es esto?* desde la Biblioteca Nacional; la misma que con el ciego Groussac rechazó a Moreno y a su Plan y esa misma/otra que ahora los publica, a Moreno con su Plan, a Groussac con su guerra y a Martínez Estrada con su Catilinas; la misma y otra que veló a Nicolás Casullo y a Fogwill; la que llevó a Moyano y a la CGT a partir en la sala Borges; la que homenajea al colorado Ramos; la que cabildea sábado de por medio; y sobre todo aquella que habla, que dice y que hace desde adentro de las entrañas del gigante, como Jonás adentro de la ballena.

Y hay algo más, en medio de la maraña de blasfemias, desde las páginas del *¿Qué es esto?* brota la

cuestión de los que hablan en nombre del pueblo, entonces y ahora. José Ingenieros decía que en esa sola cuestión se condensaba toda la filosofía política. Martínez Estrada, que no hablaba la lengua de la filosofía política, se atribuyó la potestad de exculpar al pueblo de todo pecado. Daría para largo, y encima eso me remite hacia otra arista, ¿a quién le habla el “¿Qué es esto?”? A pesar de las groserías e imprecaciones dedicadas, pareciera que su principal destinatario no fuera el peronismo ni los peronistas, ni siquiera el mismo pueblo; creo que Ezequiel intenta dirigirse a los “intelectuales” aquellos que no entienden de qué se trata (y cómo tratar con) esto; esto que en su “caída” recién comenzaba, él lo anunciaba.

Volvamos a la cuestión de cómo ubicarse en esto, porque el afuera de Martínez Estrada también alude a la figura del exiliado y, de ese modo, ya no hay afuera posible, no hay posibilidad de decir, amparados de la ortopedia científica: “hay que salir” o lo veo y lo digo pero “desde afuera”, mediante conceptos: líder carismático y lumpenproletariado. Por el contrario, el exilio se lleva dentro del cuerpo, entonces se padece. Pensar desde el *pathos*, ¿primero sufrir, después amar, al fin andar sin pensamientos; quizás? Para pensar, parecería decirnos Martínez Estrada, hay que estar en el *pathos* de la Argentina y en el caso de Ezequiel, del peronismo; al que somatizó, hizo carne, enfermedad, lo tenía adentro (al punto que el agudo lector de aquel panfleto, a Borges me refiero, lo acusó de peronista) y con el ¿Qué es esto?, lo sacó de las tripas, lo vomitó, lo hizo mierda. De la náusea al vómito, aunque quizás, también de la náusea al (que se ahoga con el) vómito.

Y puede ser que de allí surja algo más, algo relativo a los límites -a las situaciones límites (de la Argentina) -, a los límites de la ética, del pensamiento y de la política argentina. Viñas, que no se andaba con vueltas, en una conferencia en Cuba (donde Martínez Estrada goza del estatuto de héroe antiimperialista, al menos en la plaza que en La Habana desafía la oficina de Asuntos Exteriores de los Yanquis) llegó a sentenciar que el panfleto que nos convoca -y el peronismo- era el límite de la conciencia liberal de Martínez Estrada. El límite de lo pensable. Martínez Estrada y los límites del individualismo burgués, podría decir León Rozitchner.

Ahora bien, ante este umbral, la Cosa parecería fácil, si llegamos hasta al telón, lo corremos y listo, lo otro del límite sería la razón populista. El pueblo del himno = el pueblo peronista. El ministro Aníbal Fernández, que ha recreado una atendible variante de la gauchesca para refutar a la ramplona pero persistente razón de los gorilas, así lo piensa; del otro lado está el pueblo, listo el pollo. ¿Será así? ¿Era tan simple salir (de la tragedia)? Al modo de Menard (con mucho ingenio, datos elocuentes y sobreelevada cuota de burla) el ministro reescribió -¿o repitió?- las Zoncercas de Jauretche y desde su certeza recién enunciada, sobre civilización/barbarie (la madre que las parió a todas), interpela: ¿qué es lo que no entienden?!; ¿qué es eso del “enigma argentino”?; ¿qué es esto de la esfinge del *Facundo*?! “Es el pueblo, estúpidos”, afirmará el Ministro.

Martínez Estrada le podría responder que Sarmiento -su padre- cuando se refería al enigma argentino, se refería al enigma de la revolución transfigurada en guerra civil (vértice de la desunión de un pueblo); que para colmo lo que su padre no vio era que civilización y barbarie eran fuerzas siamesas (centrífugas y centrípetas al mismo tiempo); y que en el fondo, él también anhe-

laba el retorno del pueblo, del pueblo del himno; aunque añadiría que desde muy temprano al menos el himno de aquel pueblo fue tronchado -como el Cabildo-, despojado de su impronta más jacobina, de sus acentos americanos, desmembrado del Inca.

Sigo y vuelvo al tema del límite, a la cuestión de pensar la línea, la frontera; pero como por el asco no puedo avanzar mucho por las páginas del libro, me detengo en el título, *¿Qué es esto?* Si bien hay algo del orden del escándalo o de la anomalía, me reitero y digo que a pesar de eso (que es la diatriba a la enésima potencia, el odio, etc.), allí pareciera que se revela el quid del algo. Porque esa pregunta es una pregunta desbordada por su "objeto", no lo puede dominar o prefigurar al modo de la "pregunta del método". Por eso, creo que en la misma imposibilidad de nominar al objeto o al sujeto a descifrar, Martínez Estrada al ser preguntado por el esto; precisamente pareciera dar cuenta de una napa ante-predicativa, más allá de nuestra voluntad, ahí estamos.

Y agarro por última vez el *¿Qué es esto?*, pero ya no le presto atención porque me gana la esperanza en el retorno del pueblo del himno, que según la profecía facúndica, "no ha muerto, ¡él vendrá!".

Pero con los diarios en la mano, pienso en aquel pueblo y junto con las almas errantes que salen desde el *¿Qué es esto?* -que parece un intento fallido de exorcismo que dejó a las ánimas conjuradas en la incómoda convivencia de este mundo. Los muertos en la cabeza de los vivos, en un mismo lodo todos...- se me aparecen, otra vez, los midachi, los macri, los sojeros de La Rural y de Santa Fe, los duhalde, los *Clarín* y los nietos, el asco de Páez, los pobres durmiendo en los canteros de la 9 de julio con la Evita gigante que los mira con sus dos caras, y así siguiendo. Me disculpo por traer todo esto a cuento, me parece un tanto violento; quizás algo vaya mal cuando "la coyuntura" ocupa la totalidad de nuestros días y, sobre todo, de nuestras noches, porque pareciera que nos encarcela en la redundancia o peor aún en la cárcel de la tautología. Quizás para pensar sea necesaria cierta distorsión -¿Goethe y Jeremías para filiar al peronismo? -, cierto anacronismo y cierta extranjería. Pero, ¿si se tratara de los invariantes?

Si así fuera, me afirmo en la voluntad de no prestarle atención al *¿Qué es esto?*, hasta sería capaz de arriesgar que posiblemente vivamos y protagonicemos un punto de bifurcación de los invariantes (al menos de algunos, quizás o por lo menos los militares y los eclesiásticos). Me animo ante las posibilidades y manifestaciones que desde adentro parecen pujar por salir del círculo de la repetición.

Además, hace poco leí una cita que decía algo como que la enfermedad de una época se cura mediante una transformación del modo de vida de las personas, y que la enfermedad de los problemas filosóficos sólo podría curarse mediante un modo de vida y pensar transformados, pero nunca por una medicina que inventara algún (individuo) particular. Eso me alivió un poco.

*¿Qué es esto?*, un libro execrable, pero leído (hoy) da miedo, ojalá que Ezequiel Martínez Estrada se equivoque.

Los saluda con afecto, Matías Rodeiro

Rte.: Boverio / Ronsino / Russo / Guiñazú / Lavagnino  
Vitagliano / Scavino / Valle / Abraham / Tatián  
Astrada / Cristal / Busqued / Rodeiro

ISSN 1853-998X